

ESCUCHA, ENSEÑA, ENVÍA

**Un Marco Pastoral Nacional
para el Ministerio con Jóvenes**

VERSIÓN FINAL

Conferencia de Obispos Católicos de los Estados Unidos (USCCB)

2024

Escucha, Enseña, Envía: Un Marco Pastoral Nacional para el Ministerio con Jóvenes fue desarrollado por el Comité de Laicos, Matrimonio, Vida Familiar y Juventud de la Conferencia de Obispos Católicos de los Estados Unidos (USCCB). Fue aprobado para su publicación por la USCCB en su Asamblea Plenaria de junio de 2024. Ha sido autorizado para su publicación por el firmante.

Rev. Michael J.K. Fuller
Secretario General, USCCB

El Comité de Laicos, Matrimonio, Vida Familiar y Juventud de la USCCB desea ofrecer su gratitud a los jóvenes, jóvenes adultos, familias y líderes pastorales de todo el país por ofrecer su asistencia y apoyo durante el desarrollo, creación y edición de este documento. El Comité también agradece a los consultores de su Grupo de Trabajo de Obispos sobre los Jóvenes; a todas las mujeres y hombres que participaron activamente en la iniciativa intercultural sobre los jóvenes, Caminando Juntos de la USCCB; al liderazgo de la Federación Nacional para el Ministerio Católico con Jóvenes Adolescentes (NFCYM), al Comité Católico Nacional de los Exploradores [Scouts] (NCCS), la Asociación Católica de Pastoral Universitaria (CCMA), la Red Católica Nacional de Pastoral Juvenil Hispana (LaRED), y al Instituto Nacional para el Ministerio con Jóvenes Adultos (NIMYA); y al Sr. Armando Cervantes, la Sra. Nicole Perone y al Dr. Bob Rice por su particular trabajo de ayuda con el texto del marco y a la Sra. Verónica López Salgado por su traducción al español.

Citas del Papa Francisco, San Juan Pablo II, San Pablo VI, San Juan XXIII, y textos del Vaticano como *Apostolicam Actuositatem* (1965), *Dei Verbum* (1965), el *Directorio General para la Catequesis* (1997), el *Documento final (DF) del Sínodo de los Obispos sobre los Jóvenes, la Fe y el Discernimiento Vocacional* (2018), el *Directorio para la Catequesis* (2020), y el *Documento preparatorio para el Sínodo: Por una Iglesia sinodal* (2021), copyright © Libreria Editrice Vaticana, Estado de la Ciudad del Vaticano. Todos los derechos reservados. Utilizados con permiso.

Extractos del *Catecismo de la Iglesia Católica, Segunda Edición*, copyright © 2000, Libreria Editrice Vaticana—Conferencia de Obispos Católicos de los Estados Unidos, Washington, DC. Todos los derechos reservados. Utilizados con permiso.

Los textos de la Sagrada Escritura en este trabajo han sido tomados de *El Libro del Pueblo de Dios* (Traducción argentina), copyright © 1990, Libreria Editrice Vaticana, y se utilizan con permiso del propietario del derecho de autor. Todos los derechos reservados.

Copyright © 2024, Conferencia de Obispos Católicos de los Estados Unidos, Washington, DC. Todos los derechos reservados.

PRÓLOGO

Obispo Robert E. Barron, Presidente

Comité de Laicos, Matrimonio, Vida Familiar y Juventud

Conferencia de Obispos Católicos de los Estados Unidos

Es un gran momento de alegría para compartir con el Pueblo de Dios en todo los Estados Unidos,
Escucha, Enseña, Envía: Un Marco Pastoral Nacional para el Ministerio con Jóvenes.

Este marco está dirigido a los pastores católicos, líderes pastorales y familias para que sea una fuente de inspiración y motivación en el compromiso y acompañamiento de los jóvenes. Los Obispos de los Estados Unidos esperamos que sea un catalizador para el crecimiento ministerial y la inversión en los jóvenes.

La exhortación apostólica del Papa Francisco, *Christus Vivit* (2019), que fue la respuesta del propio Santo Padre a un proceso sinodal de escucha y camino con los jóvenes, ha sido una importante fuente de inspiración para los obispos mientras hemos explorado cómo los ministerios pastorales con las generaciones más jóvenes pueden ser eficaces y fructíferos en nuestro país.

Los lectores también observarán que los obispos comienzan el marco dirigiéndose directamente a los jóvenes, ya que creemos que los propios jóvenes son agentes importantes de estos ministerios. Sin embargo, esto no excusa a las generaciones mayores y a las familias para comprometerse en el trabajo, ya que cada persona en la comunidad tiene un rol en el acompañamiento de los jóvenes.

El marco aborda ministerios con varios grupos de edad. Cabe señalar que “jóvenes” y “jóvenes adultos” son, de hecho, grupos de edad distintos: los jóvenes son adolescentes en la escuela secundaria y preparatoria, mientras que los jóvenes adultos son aquellos en su adolescencia avanzada, en sus años veinte y treinta, en la universidad y en el mundo laboral. Si bien los jóvenes y los jóvenes adultos son cronológicamente adyacentes, la práctica ministerial no debe fusionar estos grupos de población.

Sin embargo, lo que sí los conecta son tres factores: en primer lugar, que todas las personas desde la adolescencia hasta la edad adulta joven están atravesando periodos de rápidas transiciones de desarrollo,

emocionales y sociales que tienen un gran impacto en su crecimiento espiritual y personal; en segundo lugar, que en muchos casos, la Iglesia Católica no ha invertido tanto como debería en acompañarlos fielmente en estos tiempos de gran transición y crecimiento; y en tercer lugar, que estas generaciones han estado entre las más ausentes de la práctica activa de la fe católica en la historia de nuestra nación.

Como resultado de estas realidades, los Obispos de EE. UU. han decidido abordar, en un documento pastoral, cómo la Iglesia puede responder y acompañar mejor, tanto institucionalmente como en los hogares, las familias y las redes sociales. Al leer este marco, oramos para que no sea sólo un libro más en el estante, sino que sirva como un llamado a nivel nacional para dar un paso adelante y atraer a los jóvenes adolescentes y jóvenes adultos en cada comunidad católica local y en cada familia.

Sigamos orando unos por otros en esta apasionante tarea que tenemos ante nosotros.

ESCUCHA, ENSEÑA, ENVÍA: ESQUEMA DEL MARCO | CONTENIDO

Prefacio: “Queridos jóvenes amigos”

Carta Pastoral de los Obispos de los EE. UU. a los Jóvenes

Introducción del Marco: *El mismo Jesús se acercó y siguió caminando con ellos (Lc 24,15)*

Primera parte: Escucha

(Jesús) Él les dijo: “¿Qué comentaban por el camino?” (Lc 24,17)

- Al encuentro de los jóvenes
- Estar plenamente presentes
- Comprensión entre generaciones
- Sanando heridas

Segunda parte: Enseña

Y comenzando por Moisés y continuando en todas las Escrituras lo que se refería a él (Lc 24,27)

- Proclamar a Jesucristo
- Una catequesis evangelizadora
- Compartir la verdad con amor
- Renovar la vida sacramental

Tercera parte: Envía

En ese mismo momento, se pusieron en camino y regresaron a Jerusalén (Lc 24,33)

- Testigos audaces de la evangelización
- Con caridad y justicia
- Discernimiento vocacional
- Protagonistas fieles, “*el ahora de Dios*”.

Conclusión: *Entonces los ojos de los discípulos se abrieron (Lc 24,31)*

QUERIDOS JÓVENES AMIGOS

Carta Pastoral de los Obispos de los EE. UU. a los Jóvenes

Queridos jóvenes amigos,

Cristo está vivo en ustedes. Nosotros, los obispos católicos de los Estados Unidos de América, nos hacemos eco de nuestro Santo Padre, el Papa Francisco, que nos recuerda, “Él está en ti, Él está contigo y nunca se va. Por más que te alejes, allí está el Resucitado”.¹ Dondequiera que los encuentre esta carta, los invitamos a dejar que Jesús, el compañero más importante que tendrán en el camino de la vida, los transforme, para que Cristo permanezca siempre vivo en ustedes. Esa transformación comienza con el encuentro con Jesús, que está presente para nosotros y *escucha* nuestras alegrías y luchas. Nos invita a aprender de él mientras nos *enseña* la verdad, la belleza y la bondad del Evangelio. Luego somos transformados cuando Cristo nos *envía* a nuestra misión de compartir lo que hemos recibido.

Por nuestra parte, nosotros – como sus pastores y compañeros en el camino de la vida – los hemos escuchado a lo largo de los años, escuchando atentamente sus historias. Hemos dejado que sus voces proféticas y su celo entusiasta tocan nuestros corazones y nuestras almas y, con afecto espiritual, agradecemos su presencia en nuestras comunidades católicas de fe. Para los que no están involucrados en la Iglesia: se echa de menos su presencia. Siempre son bienvenidos y rezamos para que encuentren un hogar lleno de amor y apoyo, donde Cristo esté verdaderamente presente y dispuesto a encontrarlos y a tocar sus corazones.

Hemos conocido a muchos de ustedes a través de la vida sacramental de la Iglesia, mediante la Confirmación, el Matrimonio, el Bautismo o las Sagradas Órdenes, y en diversos momentos de reencuentro a lo largo del año litúrgico. Rezamos para que las gracias que han recibido del Señor durante esas experiencias sacramentales hayan arraigado en sus vidas. También hemos conocido a muchos jóvenes en peregrinaciones como la Jornada Mundial de la Juventud. Los hemos visto en reuniones nacionales y diocesanas, eventos y sesiones de escucha². Cada uno de estos encuentros ha sido, para nosotros, una fuente de gran alegría y esperanza.

¹ Papa Francisco, Exhortación Apostólica *Christus Vivit* (CV), 2019, no. 2.

² A nivel nacional en los últimos años, estos han incluido la Convocatoria de Líderes Católicos de la USCCB (2017), el V *Encuentro Nacional* (2017-2018), las conversaciones que condujeron al XV Sínodo sobre los Jóvenes (2017-2019), el proceso del *Diálogo*

En las Escrituras, Cristo resucitado encuentra y acompaña a dos discípulos en el camino a la ciudad de Emaús (ver Lc 24,13-35), y este “caminar juntos”³ es un modelo apropiado para que lo sigamos mientras reflexionamos sobre el compromiso y los ministerios de la Iglesia Católica con los jóvenes. En este pasaje, vemos cómo Jesús *escucha* sus realidades para que puedan reconocer lo que realmente están viviendo; luego *enseña* a los discípulos, haciéndolos interpretar su vida a la luz de esa enseñanza; finalmente, habla a sus corazones y los *envía* en misión, a la que audazmente deciden emprender de inmediato.⁴ Nosotros también estamos deseosos de escuchar y comprender sus experiencias, de enseñar y compartir la fe católica arraigada en la sabiduría y en una profunda comprensión de Cristo y del Evangelio por parte de la Iglesia, y de capacitarlos y enviarlos al mundo con corazones ardientes por el Señor y su pueblo.

Este triple camino (escucha-enseña-envía) es el marco que compartimos con los responsables de la Iglesia Católica, para que, juntos, imitemos a Jesucristo acompañándote a ti y a tus compañeros. Los invitamos a ser receptivos al compromiso y a los ministerios de la Iglesia con los jóvenes, para que ustedes, como aquellos dos discípulos en el camino, puedan también reconocer a Cristo en sus vidas, interpretarlos a la luz del Evangelio y optar por emprender un camino de celo y compromiso misionero para toda la vida.

Dios siempre ha actuado así. Las Escrituras y la historia de la Iglesia a lo largo de los siglos nos ofrecen muchos ejemplos de cómo el Señor habla a través de las voces y las acciones de los jóvenes: héroes bíblicos como el profeta Jeremías, San Juan Apóstol y San Timoteo; mártires valientes como Santa Juana de Arco, San Isidoro Bakanja y San José Sánchez del Río; testigos audaces como San Pedro Calungsod, Santa Kateri Tekakwitha y Santa Teresa de Lisieux; y ejemplos modernos como el Beato Pier Giorgio Frassati, la Beata Chiara Badano, el Beato Carlo Acutis y muchos otros. La más destacada de estos hombres y mujeres santos es la Santísima Virgen María, que dijo “sí” al Señor siendo una joven prometida a José (ver Lc 1,38). A su manera, todos ellos han caminado junto con Cristo, y rezamos para que tú sigas el ejemplo de estos y otros muchos santos hacia la santidad y la salvación.

Nacional (2017-2021), la iniciativa de la USCCB *Caminando Juntos* (2020-2023), y la escucha realizada para preparar el XVI Sínodo sobre la Sinodalidad (2021-2024), así como en las Conferencias Nacionales Católicas para Jóvenes Adolescentes (NCYC), las conferencias de Steubenville para jóvenes, las conferencias FOCUS SEEK y las Reuniones del Ministerio Social Católico (CSMG), entre otros.

³ CV, no. 206.

⁴ Ver CV, no. 237.

El propósito del marco que ofrecemos a la Iglesia es capacitar a toda la comunidad católica para que sean instrumentos del Espíritu Santo a la hora de compartir el Evangelio con todos los jóvenes y jopara transformar el mundo por el amor de Jesús. Como dijo una vez San Juan Pablo II: “Queridos jóvenes amigos: Rezo para que su fe en Cristo sea siempre viva y fuerte. De este modo, estarán siempre dispuestos a contar a los demás la razón de su esperanza; sean mensajeros de esperanza para el mundo”.⁵ Como sus obispos, en compañía de dedicados sacerdotes, diáconos, laicos y líderes consagrados, y de sus padres y familias, nos unimos a ustedes en este empeño, mientras tratamos de llevar la luz de Jesús a todas las personas.

En *Christus Vivit*, la carta apostólica del Papa Francisco a y sobre los jóvenes, el Santo Padre escribió, “Jesús, el eternamente joven, quiere regalarnos un corazón siempre joven”.⁶ Aunque seamos de generaciones distintas y más viejas que la suya, todos hemos sido invitados a compartir la eterna juventud de Cristo: “esto significa que la verdadera juventud es tener un corazón capaz de amar. En cambio, lo que avejenta el alma es todo lo que nos separa de los demás”.⁷ Jesús es “el Camino, la Verdad y la Vida” (Jn 14,6) para cada edad, cada generación y cada cultura. Él es el camino, el compañero y el destino de una peregrinación en la que todos viajamos juntos. Él quiere que todos tengamos una conversión del corazón.

A veces, los miembros de la comunidad católica -y esto nos incluye a nosotros- no siempre han estado atentos a las necesidades de los jóvenes y las familias. Reconocemos el dolor y la lucha que muchos de ustedes experimentan en sus vidas, comunidades o en la Iglesia. Por cualquier cosa que hayamos hecho o dejado de hacer, individual o colectivamente, que haya contribuido al sufrimiento de los jóvenes, pedimos humilde y sinceramente perdón, y nos comprometemos a hacer lo que es “justo y necesario” ahora y en el futuro.

También escribimos esto tras varios acontecimientos difíciles ocurridos en los últimos años: escándalos en el interior de la Iglesia, una pandemia mundial, dificultades financieras que los han afectado a ustedes y a los ministerios de la Iglesia que trabajan por ustedes, la desintegración de la familia, un aumento de los actos de racismo y prejuicio, el auge de la polarización, el secularismo y el individualismo, y una creciente conciencia de que muchos de ustedes no se sienten valorados, escuchados o amados. Por nuestra

⁵ Juan Pablo II, “Teleconferencia con los jóvenes,” Viaje apostólico a los Estados Unidos de América y Canadá, Anfiteatro Universal (Los Ángeles, CA), 15 de septiembre de 1987, no. 3.

⁶ CV, no. 13.

⁷ Ibid.

parte, decidimos seguir trabajando con ustedes y con toda la Iglesia para brindar sanación, reconciliación y la paz de Jesucristo.

Este marco nacional para la pastoral se ofrece a la Iglesia como un paso hacia conversaciones más sustanciales y una renovación guiada por el Espíritu en nuestros ministerios para, con y por ustedes. Esperamos y rezamos para que todos los jóvenes de nuestro país, en particular los que sufren, están perdidos o solos, “[sientan la cercanía de] una comunidad cristiana que pueda hacer resonar esas palabras con gestos, abrazos y ayudas concretas”.⁸ Por favor, sepan que ustedes están constantemente en nuestros corazones y nosotros, como líderes servidores dentro de la Iglesia, queremos caminar juntos con ustedes para que “de ese modo, unidos, podremos aprender unos de otros, calentar los corazones, inspirar nuestras mentes con la luz del Evangelio y dar nueva fuerza a nuestras manos”.⁹

Con ese espíritu, nos unimos al Papa Francisco para hablarles directamente como lo hizo en *Christus Vivit* y como lo hace en las Jornadas Mundiales de la Juventud y en otros encuentros y discursos. Para empezar, queremos reiterar que Dios está siempre con ustedes. ¡No pierdan la esperanza! Hay razones por las que el Señor los ha puesto en el camino de la vida. No pierdan la fe cuando ocurran cosas malas y no abandonen la esperanza si se han desviado de un camino bueno y moral. Ustedes son santos y preciosos a los ojos de Cristo: “¿O no saben que sus cuerpos son templo del Espíritu Santo, que habita en ustedes y que han recibido de Dios? Por lo tanto, ustedes no se pertenecen” (1 Cor 6,19). No sientan que no se les quiere o que no se les puede perdonar.

De hecho, son tan valiosos y dignos de amor “porque eres [son] obra de sus manos”.¹⁰ Ustedes son infinitamente amados. Pertenecen. Tienen un propósito. Importan. Para Dios, para la Iglesia, para nosotros, para sus compañeros y para el mundo, ustedes realmente importan. Conozcan la misericordia sin límites de Dios y busquen oportunidades de reconciliación. Por muy lejos que nos alejemos de Él, Cristo nos busca porque nos ama. Ustedes nunca están demasiado lejos, y siempre tienen un hogar en la casa del Señor, donde pueden encontrar la misericordia redentora de Jesús.

Dediquen tiempo a leer la Sagrada Escritura, el *Catecismo de la Iglesia Católica* y la vida de los santos, que nos inspiran con su testimonio imborrable de fe. Lean y reflexionen sobre *Christus Vivit* y escuchen

⁸ CV, no. 77.

⁹ CV, no. 199.

¹⁰ CV, no. 115.

al Papa Francisco hablar directamente a su corazón. Perseveren en la fe cristiana. Sean parte activa de la comunidad católica. Sean protagonistas del amor y la esperanza y “tomen decisiones”¹¹ en su vida diaria. Recen a menudo. No vayan a prisa y dejen que Dios les hable con una tranquila y pequeña “brisa suave” (1 Re 19,12). Sirvan a los necesitados. Consideren a dónde los llama Dios en la vida “a participar en su obra creadora, prestando [su] nuestro aporte al bien común a partir de las capacidades que [reciben] recibimos”.¹² Vayan y “¡hagan ló!”¹³

Como decíamos al principio de esta carta, Cristo está vivo en ustedes. Esta es la razón por la que “eso es una garantía de que el bien puede hacerse camino en nuestra vida...Aferrados a Él viviremos y atravesaremos todas las formas de muerte y de violencia que acechan en el camino”.¹⁴ Compartimos con ustedes esta ferviente esperanza. Tengan el valor de aceptar estos desafíos: estar abiertos a una conversión del corazón al camino de Jesús; convertirse en discípulos misioneros que arden en la fe; dar testimonio de Cristo y compartir el Evangelio con sus compañeros; y entregar libremente su vida al Señor y por los demás.

Por nuestra parte, nos comprometemos a rezar por ustedes y por su bienestar. Nos unimos a ustedes en la oración por el mundo, especialmente por los que sufren mucho en las periferias. Les pedimos humildemente que recen por nosotros, sus obispos y pastores. El poder de la oración es increíble. Que recemos unos por otros y por todas nuestras intenciones. Esperamos especialmente rezar junto a todos ustedes cuando tengamos el honor de encontrarnos en la sagrada liturgia de la Iglesia y compartir la Eucaristía. También nos comprometemos a apoyarlos en su audacia como discípulos misioneros y a ayudarlos a buscar la verdad, la belleza y la bondad de Dios en el mundo, incluso si sus compañeros no lo apoyan. El Papa Francisco escribió: “No cabe esperar que la misión sea fácil y cómoda...no esperen a mañana para colaborar en la transformación del mundo con su energía, su audacia y su creatividad...Ustedes son *el ahora de Dios*, que los quiere fecundos”.¹⁵

Nos comprometemos a *escucharlos* mientras, juntos, discernimos lo que el Espíritu Santo nos dice a través de la Escritura y la Tradición, estando atentos a las palabras valientes que comparten con la Iglesia.

¹¹ CV, no. 143.

¹² CV, no. 253.

¹³ CV, no. 143.

¹⁴ CV, no. 127.

¹⁵ CV, no. 178.

Nos comprometemos a *enseñarles*, siempre atentos a los “signos de los tiempos” (Mt 16,3),¹⁶ pero siempre fieles a Cristo y a su verdad. Nos esforzamos por compartir el Evangelio con el testimonio de nuestras vidas y acciones.

Nos comprometemos a *enviarlos*, acompañarlos, invertir en ustedes y equiparlos para la vocación y misión a la que Dios los ha llamado en esta vida, para que sean agentes bondadosos de transformación.

Trabajando juntos, comprometámonos todos -obispos, responsables de ministerios y jóvenes, en compañía de sus pastores, familias y comunidades locales- a llevar a cabo la misión de Cristo en el mundo, en solidaridad y en colaboración unos con otros, guiados siempre por el Espíritu Santo. Renovemos nuestra llamada mutua a ser discípulos misioneros que aman al Señor y buscan hacer su voluntad. Caminemos unos junto a otros en esta peregrinación compartida, “fijemos la mirada en el iniciador y consumidor de nuestra fe” (Heb 12,2), con la protección maternal de nuestra Santísima Madre María, la joven de Nazaret, a quien confiamos los ministerios de la Iglesia para, con y por ustedes.

¹⁶ Ver también Juan XXIII, Constitución Apostólica *Humanae Salutis* (HS), 1961, no. 4.

INTRODUCCIÓN DEL MARCO

El mismo Jesús se acercó y siguió caminando con ellos (Lc 24,15)

Vive Cristo¹⁷ en los jóvenes de los Estados Unidos,¹⁸ así como en el corazón de quienes los acompañan. Cristo se acerca a los jóvenes para *escucharlos, enseñarles y enviarlos* llenos del Espíritu Santo a que “sean protagonistas de la revolución de la caridad y del servicio”.¹⁹ La Iglesia Católica está llamada a imitar a Cristo en su encuentro y compromiso con cada nueva generación: escuchando, enseñando y enviando a cada joven en el nombre de Jesús.

Con ello, la Iglesia renueva su compromiso de acompañar y ejercer su ministerio con los jóvenes. Los ministerios eficaces con los jóvenes deben ser movimientos dinámicos inspirados por el Espíritu Santo, donde todas las generaciones, culturas y comunidades “caminamos juntos,”²⁰ avanzando hacia “experimentar el encuentro comunitario con el Dios vivo”.²¹

Nosotros, los obispos católicos de los Estados Unidos, ofrecemos este marco pastoral nacional como una llamada a las comunidades religiosas locales de todo el país para que renueven sus esfuerzos con los jóvenes. Esta revitalización particular comenzó con el Santo Padre, que convocó un sínodo internacional sobre los jóvenes²² de 2017 a 2018 y posteriormente animó a toda la Iglesia a través de su exhortación apostólica, *Christus Vivit*, en 2019. Nos hacemos eco de sus palabras en esa maravillosa enseñanza, y ahora deseamos dirigirnos a nuestros pastores y a nuestros líderes católicos laicos, ordenados y consagrados, incluidos los padres y las familias, para que la Iglesia experimente un rejuvenecimiento de la evangelización y de los ministerios con los jóvenes. En las consultas sinodales mundiales, el Pueblo de Dios planteó la necesidad de que “resultan urgentes la renovada atención a los jóvenes, su formación y

¹⁷ Papa Francisco, Exhortación Apostólica *Christus Vivit* (Washington DC: Editorial USCCB, 2019), no. 1-2.

¹⁸ En este documento – especialmente a partir de la Introducción – el término “jóvenes” cuando está escrito aislado, se refiere a todos los jóvenes: adolescentes, universitarios y jóvenes adultos.

¹⁹ CV, no. 174.

²⁰ CV, no. 199.

²¹ CV, no. 204.

²² Es útil para aquellos de los Estados Unidos saber que hay diferencias lingüísticas en inglés que existen en los documentos y actividades del Vaticano y de otros países en torno a los «jóvenes». Por ejemplo, cuando el Papa Francisco hace referencia a la «juventud» o «pastoral juvenil» en *Christus Vivit*, se aplica inclusivamente a adolescentes, jóvenes universitarios y «jóvenes adultos», ya que se traduce de «giovani» (italiano) o «jóvenes» (español), un rango de edad más amplio que el concepto estadounidense de «joven» (que a menudo se limita a la adolescencia, mientras que en otros lugares puede referirse a las edades comprendidas entre los 16 y los 35 años).

acompañamiento”²³ para las diócesis/eparquías, las parroquias, las universidades, los movimientos y los apostolados. Nos comprometemos de nuevo con este importante esfuerzo, para que este momento “sea una ocasión propicia para una gran renovación espiritual”²⁴ para la Iglesia y nuestro acercamiento a los jóvenes. Al observar la cultura y las realidades que afectan a los EE. UU., sentimos que es el momento de ofrecer una respuesta urgente, profética y pastoral para garantizar que el Evangelio se predique a las generaciones más jóvenes y que la importante labor de ministerio y acompañamiento de los jóvenes se lleve a cabo con fidelidad y eficacia en todas las comunidades católicas de nuestra nación.

La narración general de este mensaje de renovación se basa en el camino de los dos discípulos de Emaús con el Señor resucitado que aparece en las Escrituras (Lc 24,13-35). En *Christus Vivit*, el Papa Francisco recomienda la historia de Emaús como “un modelo de lo que ocurre”²⁵ en la pastoral con jóvenes, ya que apunta a “un proceso lento, respetuoso, paciente, esperanzado, incansable, compasivo”²⁶ y que siempre comienza con el Señor:

Jesús camina con los dos discípulos que no han comprendido el sentido de lo sucedido y se están alejando de Jerusalén y de la comunidad. Para estar en su compañía, recorre el camino con ellos. Los interroga y se dispone a una paciente escucha de su versión de los hechos para ayudarles a *reconocer* lo que están viviendo. Después, con afecto y energía, les anuncia la Palabra, guiándolos a *interpretar* a la luz de las Escrituras los acontecimientos que han vivido. Acepta la invitación a quedarse con ellos al atardecer: entra en su noche. En la escucha, su corazón se reconforta y su mente se ilumina, al partir el pan se abren sus ojos. Ellos mismos *eligen* emprender sin demora el camino en dirección opuesta, para volver a la comunidad y compartir la experiencia del encuentro con Jesús resucitado.²⁷

Este triple marco muestra cómo un joven puede *reconocer* a Dios actuando en su vida, *interpretar* sus experiencias a la luz de la fe y, como resultado, descubrir y *elegir* seguir su vocación y misión. Una transformación, o *metanoia*,²⁸ puede tener lugar porque Jesús primero los escucha, los enseña y los envía.

²³ Secretaría General del Sínodo, *Documento de trabajo para la Etapa Continental*, XVI Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos, 24 de octubre de 2022, no. 35.

²⁴ Juan Pablo II, “Mensaje del Santo Padre Juan Pablo II para la XV Jornada Mundial de la Juventud” (Estado de la Ciudad del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana [LEV], 29 de junio de 1999), no. 4.

²⁵ CV, no. 236.

²⁶ CV, no. 236.

²⁷ CV, no. 237.

²⁸ “*metanoiein*...es pensar más allá, es decir, ir más allá del modo habitual de pensar”, Homilía del Santo Padre, Atenas (5 de diciembre de 2021). También es importante la palabra «conversión», que es esencial para un ministerio eficaz.

La Iglesia, siguiendo el ejemplo de Cristo, está llamada a hacer lo mismo: escuchar a los jóvenes, enseñarles el Evangelio y enviarlos al mundo, animados en el Espíritu. Este tríptico “escucha-enseña-envía” puede ser un marco a partir del cual desarrollar planes ministeriales concretos. Del mismo modo que “mientras conversaban y discutían, el mismo Jesús se acercó y siguió caminando con ellos” (Lc 24,15), Cristo se acerca a nosotros una vez más, mientras nosotros mismos seguimos conversando y discerniendo las mejores prácticas y las últimas tendencias sobre los jóvenes. Su presencia constante y eterna, manifestada en la Palabra de Dios y en la Eucaristía, nos ayuda sin cesar a emprender el camino en compañía de los jóvenes, con corazón esperanzado. El Espíritu Santo, protagonista divino activo en nuestro mundo de hoy, nos fortalece y nos impulsa hacia la misión preeminente de evangelización de la Iglesia, ofreciéndonos motivación para avanzar con esperanza.

Para que este marco no sea un ideal teórico o propiedad de unos pocos ministros profesionales, comenzamos esta convocatoria en el hogar y con nuestros seres queridos, pues “la familia debería ser el primer espacio de acompañamiento”.²⁹ La pastoral de la Iglesia con los adolescentes, los universitarios y los jóvenes adultos debe ser deliberada no sólo en la asociación con los padres, las familias y la pastoral familiar, sino integrando verdaderamente nuestro trabajo conjunto “para poder acompañar adecuadamente el proceso vocacional”.³⁰ La mejor manera de hacer todo esto es empezar con un simple encuentro con uno o varios jóvenes en nuestras familias, redes sociales o parroquias, con un movimiento hacia la escucha auténtica, la evangelización y la misión.³¹

Cuando hablamos de “jóvenes” en este marco, no estamos imaginando un concepto abstracto, un grupo o un dato demográfico; más bien tenemos en mente a los jóvenes de ambos sexos que conocemos o con los que nos relacionamos habitualmente: hijos e hijas, nietos y nietas, sobrinos y sobrinas, hermanos y hermanas, primos y primas de nuestras familias, así como amigos y amigas, colegas, compañeros de trabajo, vecinos y vecinas, y todos los jóvenes que encontramos en nuestra rutina diaria. Cada uno de ellos tiene un nombre, un rostro y una identidad únicos: amados por Dios e integrantes de la misión de la Iglesia. Al igual que Jesús se acercó a los discípulos en el camino, que nosotros también nos acerquemos a ellos y, a imitación de Cristo y por la gracia de Dios, los escuchemos fielmente, los enseñemos y los enviemos al camino que tienen por delante.

²⁹ CV, no. 242.

³⁰ CV, no. 242.

³¹ En el material complementario que acompaña a este documento, preparado por el Comité de Laicos, Matrimonio, Vida Familiar y Juventud de la USCCB, se pueden encontrar sugerencias adicionales e ideas concretas para su aplicación.

PRIMERA PARTE: ESCUCHA

(Jesús) Él les dijo: “¿Qué comentaban por el camino?” (Lc 24,17)

Jesús comenzó el camino de Emaús con los discípulos en actitud de escucha y haciendo preguntas como las siguientes “¿Qué comentaban por el camino?” (Lc 24,17). Siguiendo este ejemplo de apertura e inquisición en los ministerios de la Iglesia con los jóvenes, el punto de partida para comprometerse con cualquier joven es la escucha y el diálogo intencionados y pacientes, con el objetivo de ayudar al joven a reconocer la obra de Dios en su vida y en su historia. Cristo siempre nos escucha, y la Iglesia debería escuchar siempre a los jóvenes.

Permitámonos preguntar a los jóvenes con regularidad: ¿Qué tienes en mente? ¿Qué pasa en tu corazón? ¿Qué te preocupa? ¿Qué te entusiasma? ¿Con qué sueñas? ¿Qué esperas? Al igual que los discípulos de Emaús, las personas con las que nos encontramos pueden estar caminando en la dirección equivocada. Pueden decir o hacer cosas con las que no estemos de acuerdo. Pero, como Jesús, estamos llamados a escuchar con amor, ternura y compasión. Dios nos busca y toma la iniciativa de reclamarnos como suyos, sin importar lo lejos o rápido que nos alejemos de él. Siguiendo el ejemplo del Señor, se pide a la Iglesia que haga lo mismo, especialmente con los jóvenes.

Esta postura, por lo tanto, implica un encuentro significativo con, una presencia firme entre, y un auténtico deseo de conocer y comprender a los jóvenes en las realidades de sus vidas. Una vez que hemos escuchado de verdad, se puede generar confianza y profundizar aún más. Como señaló el Papa Francisco, “Nos hace falta crear más espacios donde resuene la voz de los jóvenes: «La escucha hace posible un intercambio de dones, en un contexto de empatía [...] pone las condiciones para un anuncio del Evangelio que llegue verdaderamente al corazón, de modo incisivo y fecundo”.³²

Los jóvenes han hecho escuchar su voz a los obispos a nivel nacional y a los párrocos a nivel local a través de los procesos de escucha y consulta de la Iglesia.³³ Muchos jóvenes han compartido que aman a

³² CV, no. 38. (citando el Documento Final [DF] no. 1).

³³ Estas experiencias de escucha incluyen, entre otras cosas: la XV Asamblea General Ordinaria del Sínodo sobre “Los Jóvenes, la Fe y el Discernimiento Vocacional” (Vaticano, 2017-2018); el V *Encuentro Nacional de Pastoral Hispana/Latina en los Estados Unidos* (USCCB, 2017-2018); el *Diálogo Nacional sobre la Pastoral Católica con Adolescentes y Jóvenes Adultos* (NFCYM, LaRED, CCMA, NATYAM, y USCCB, 2017-2021); *Caminando Juntos: un Encuentro Nacional Católico Intercultural para Ministerios con Jóvenes y Jóvenes Adultos* (USCCB, 2019-2023); y la XVI Asamblea General Ordinaria del Sínodo “Por una Iglesia Sinodal” (Vaticano, 2021-2024).

Jesús, a su Iglesia y al Pueblo de Dios. Aportan entusiasmo e ideas creativas a los diversos ministerios en los que participan. Al mismo tiempo, la Iglesia reconoce que hay muchos jóvenes que ya no están conectados o activos dentro de nuestras comunidades católicas. Algunos no escuchan o no responden a la llamada del Señor en sus vidas, mientras que otros han sido heridos o ignorados en sus familias y por los líderes de la Iglesia, lo que contribuye a este distanciamiento.

En los últimos años hemos visto un aumento estadístico significativo del número de personas que ya no se identifican con ninguna tradición religiosa o comunidad de fe (a menudo denominados “nones” (por su traducción en inglés, o no afiliados). Este desapego puede comenzar tan pronto como en la preadolescencia.³⁴ Nos desalentamos cuando vemos a jóvenes de secundaria y preparatoria que ya no se comprometen con su fe después de la Confirmación. También nos entristece ver que cada vez menos jóvenes adultos buscan el matrimonio en la Iglesia, el sacerdocio o la vida consagrada, piden el Bautismo para sus hijos e hijas o educan a sus hijos en la fe católica.

La familia, especialmente el testimonio de los padres desempeña un papel fundamental en este patrón. “Los padres creyentes, con su ejemplo diario de vida, tienen la capacidad más atractiva de transmitir a sus hijos la belleza de la fe cristiana”.³⁵ Nos sentimos alentados cuando vemos a los jóvenes en compañía de sus familias en celebraciones litúrgicas y culturales y durante momentos de regreso como vacaciones, bodas o funerales, y cuando los padres y tutores transmiten el amor por la Palabra de Dios, la alegría del voluntariado en la comunidad, la tradición de las devociones católicas, el compromiso regular con el Sacramento de la Reconciliación y la creencia y participación en la Sagrada Eucaristía. Sin embargo, estamos profundamente preocupados por la creciente ausencia de padres y familias como “primeros catequistas” de sus hijos (junto con el desmoronamiento general de las estructuras familiares para apoyar a los jóvenes en su desarrollo), así como por la falta de colaboración entre los ministerios de familia y los ministerios con jóvenes adolescentes y jóvenes adultos, lo que tiene un impacto visible en la disminución de las prácticas de fe en los jóvenes.³⁶ Reconocemos la importancia crítica de los padres y abuelos para la transmisión de la fe de una generación a otra y para el fomento de las vocaciones, y rezamos para que haya una mejor coordinación entre estos ministerios para revitalizar tales esfuerzos. Todos estos factores contribuyen al contexto en el que a menudo nos encontramos, cuando emprendemos juntos este camino.

³⁴ Bob McCarty y John Vitek, *Going, Going, Gone: The Dynamics of Disaffiliation in Young Catholics* [Se van, Se van, Se fueron: la Dinámica de la Desafiliación en los Jóvenes Católicos] (Winona, MN: St. Mary's Press, 2018), p. 42.

³⁵ Pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización, *Directorio para la Catequesis*, (Estado de la Ciudad del Vaticano: LEV, 2020) no. 124.

³⁶ Ver USCCB, *Llamados a la Alegría del Amor* (2022) para obtener más información sobre la pastoral matrimonial y familiar.

Al encuentro de los jóvenes

El primer paso para escuchar es acercarse a los jóvenes: no sólo hablar *de* ellos, sino también hablar *con* ellos. Cuando nos encontramos con los jóvenes, vemos sus caras, escuchamos sus voces y permitimos que sus palabras y acciones nos conmuevan. Llegamos a saber quiénes son. Aprendemos sus historias. Esto también significa que salimos de nuestras propias zonas de confort encontrarnos con los de otra generación: encontrarnos con los jóvenes en sus caminos, especialmente fuera de los muros para de la iglesia, al igual que hizo Jesús cuando alcanzó a los dos discípulos que se alejaban de Jerusalén. Como nos dice el Papa Francisco, “Hay espacio para todos. Jesús lo dice claramente...jóvenes y viejos, sanos, enfermos, justos y pecadores. ¡Todos, todos, todos! En la Iglesia hay lugar para todos”.³⁷ Cuando nos encontramos con la gran diversidad de jóvenes allí donde viven, se mueven y existen (ver Hch 17,28), tenemos la oportunidad de encontrarnos con el Señor, presente en todos sus corazones. Encontramos a Cristo sufriente a través de sus luchas, y vemos a Cristo alegre a través de su juventud y energía.

En nuestros encuentros más recientes con los jóvenes, hemos llegado a comprender que las preocupantes tendencias de la cultura y la sociedad pueden ser causadas, amplificadas o agravadas por las realidades que rodean a los jóvenes. Esto incluye: la creciente secularización; la preocupación por la salud en todo el mundo; las guerras y los conflictos internacionales; los desafíos financieros; las divisiones raciales y culturales; el divorcio y la desintegración de la familia; los desafíos a la belleza de la sexualidad humana; el aumento de la tecnología móvil y la prevalencia de los medios de comunicación social (y su impacto en la salud mental y el bienestar); las preocupaciones ambientales; las crecientes tasas de pobreza y disparidad económica; la polarización política y social; la migración, los refugiados y los problemas de inmigración; la cultura dominante del relativismo y el juicio; y las crisis de abuso sexual en la sociedad y en la propia Iglesia.³⁸ Distintos a nuestros tiempos, también reconocemos el impacto significativo que los actos impredecibles y espontáneos de violencia pública están teniendo en los jóvenes de hoy.

El Papa Francisco lamentó que, “a veces el dolor de algunos jóvenes es muy lacerante; es un dolor que no se puede expresar con palabras; es un dolor que nos abofetea”.³⁹ Nos sentimos especialmente afligidos

³⁷ Papa Francisco, “Ceremonia de Acogida, Discurso del Santo Padre” (Parque Eduardo VII, Lisboa), 2023.

³⁸ Ver la aportación del Reporte Final del *Diálogo Nacional sobre la Pastoral Católica con Adolescentes y Jóvenes Adultos* (2021) en <https://www.laredpjh.org/wp-content/uploads/2021/10/NDreportSP.pdf> y el proyecto de la USCCB *Caminando Juntos* (2020-2023) [solo en inglés] en <https://www.usccb.org/committees/cultural-diversity-church/journeying-together>, entre otros.

³⁹ CV, no. 77.

cuando nos encontramos con jóvenes que luchan contra crisis de salud mental, exacerbadas por el dolor, la ansiedad, la soledad y el aislamiento, la incertidumbre de su contexto social y la tecnología. Nos impresionan las injusticias raciales contra los negros y afroamericanos, los asiático-americanos y los isleños del Pacífico, los hispanos/latinos y los nativos americanos. Nos muestra que este país y la Iglesia católica siguen luchando contra el mal del racismo.

Los jóvenes con discapacidades también han compartido con nosotros que se sienten marginados y desapercibidos en la sociedad, entre sus compañeros e incluso dentro de las comunidades religiosas. Y muchos jóvenes se han acostumbrado a sucesos horribles como suicidios, tiroteos e incidentes de violencia en escuelas, universidades, vecindarios y lugares de trabajo. Al mismo tiempo, vemos cómo los jóvenes se unen en respuesta a estas y otras situaciones trágicas, dando un testimonio esperanzador de la bondad de Dios frente a la adversidad. Esta situación se ve agravada por las dificultades económicas de nuestras comunidades católicas, que han provocado que muchas diócesis/eparquías, escuelas, parroquias y apostolados combinen, reduzcan o eliminen puestos e iniciativas pastorales de apoyo a los jóvenes, dejándoles sin oportunidades de atención pastoral en tiempos difíciles.

Sin embargo, que “la esperanza sobreabunde en ustedes por obra del Espíritu Santo” (Rom 15,13). Nos animan los ministerios locales de todo Estados Unidos que se encuentran regularmente con jóvenes, especialmente los de comunidades marginadas que tratan de sanar heridas y renovar a los jóvenes en la fe.⁴⁰ Su ejemplo nos muestra que, para emprender verdaderamente en este camino con cualquier joven, debemos estar dispuestos a encontrarnos con esa persona con una preocupación pastoral afectuosa y generosa, dondequiera que esté, y reflexionar en oración sobre las situaciones a las que se enfrenta: ¿A quién tenemos delante? ¿Quién falta? ¿Cuáles son sus preocupaciones? Y después: ¿Cómo podemos responder?

Estar plenamente presentes

Cristo está plenamente presente en nuestra Iglesia y en nuestro mundo. Durante dos milenios, el Señor ha permanecido en medio de nosotros: a través de su Presencia Real en la Sagrada Eucaristía, en Palabra y

⁴⁰ Felicitamos a los ministerios como *Corazón Puro* en el Bronx en la Archidiócesis de Nueva York, dirigido por los Frailes Franciscanos de la Renovación, e *Iskali*, un ministerio de desarrollo de liderazgo en la Archidiócesis de Chicago, dirigido por jóvenes católicos laicos, entre otros apostolados locales y ministerios parroquiales, por su trabajo en el encuentro con los jóvenes en circunstancias difíciles y dentro de las comunidades marginadas.

Sacramento, y como nos recuerda en la Escritura, “Porque donde hay dos o tres reunidos en mi Nombre, yo estoy presente en medio de ellos” (Mt 18,20).

Compartimos esa presencia constante y amorosa del Señor ofreciendo una presencia empática y un acompañamiento para ayudar a los jóvenes a atravesar numerosas transiciones de la vida y momentos de desarrollo. Dios comparte su presencia a y con los jóvenes actuando a través de nosotros: cuando acompañamos y estamos plenamente presentes a un joven, él o ella puede sentir la presencia de Cristo, que anhela estar cerca de cada persona que encontramos. Hay momentos en los que el silencio y el simple hecho de estar presente – sin juzgar ni “arreglar” – es una gran forma de actuar “que sigue la atención que Jesús daba a su pueblo, especialmente a los que sufren y a los necesitados”.⁴¹

Para los jóvenes que pasan de la escuela secundaria a la preparatoria, a medida que se desarrollan física, creativa, intelectual y espiritualmente, esto significa prácticamente que la Iglesia está ahí para ayudarlos, junto con sus familias, a navegar la amistad, la intimidad, las metas de la vida y los caminos vocacionales. Para los que tienen entre 20 y 30 años, es estar presentes mientras disciernen y se comprometen en las transiciones de la vida adulta joven. A medida que entran y se gradúan de la universidad, buscan empleo o se comprometen en el servicio militar; a medida que se mudan de casa, establecen relaciones (noviazgo, compromiso o matrimonio); a medida que forman una familia o se convierten en sacerdotes, religiosas consagradas o hermanos; y a medida que asumen la responsabilidad de las realidades concretas de la vida (desde la vivienda, las facturas y los impuestos hasta la asistencia de salud y el cuidado de los padres ancianos), la Iglesia está llamada a estar presente para ellos con amor.

Tanto los jóvenes adolescentes como los jóvenes adultos necesitan la presencia de Cristo y de la Iglesia cuando se enfrentan a desafíos debido a la situación de inmigración, el desempleo, el encarcelamiento y los antecedentes penales, la pobreza, la falta de oportunidades educativas, el abuso doméstico, la separación, el divorcio, las familias rotas, la discapacidad y otras realidades. Estas experiencias pueden provocar o verse agravadas por la soledad, el aislamiento social, la ansiedad, el estrés, la inseguridad o la depresión clínica, incluida la seria consideración de cometer suicidio o el suicidio. Los jóvenes son especialmente vulnerables en estos contextos y necesitan la atención y el apoyo de las comunidades religiosas. La Iglesia, a través de sus ministerios sociales y de apoyo, como Caridades Católicas, Catholic Relief Services, Walking with Moms in Need [Caminando con las Mamás Necesitadas], la Campaña

⁴¹ USCCB, *Renovemos la Visión: Fundamentos para el Ministerio con Jóvenes Católicos* (1997), p. 43.

Católica para el Desarrollo Humano, los programas de rehabilitación de adicciones y otros esfuerzos locales con poblaciones vulnerables, puede recordar a los jóvenes marginados y en situación de riesgo la presencia y el cuidado pastoral de un Dios que los ama incondicionalmente.

También hemos visto signos positivos de la acción del Espíritu Santo, donde la Iglesia está realmente presente en la vida de los jóvenes. El surgimiento de movimientos laicos, asociaciones y nuevas comunidades, los exploradores (scouts) católicos y las peregrinaciones a la Jornada Mundial de la Juventud están teniendo un impacto positivo en muchos jóvenes. También hay parroquias y diócesis/eparquías que participan en proyectos creativos para feligreses activos y en la colaboración ecuménica. La pastoral universitaria y los misioneros evangélicos ofrecen a los universitarios acompañamiento fraterno, liturgias vibrantes, retiros y encuentros significativos de servicio en el entorno universitario. Los esfuerzos interculturales y de justicia social, incluidos los programas de voluntariado, defensa e inmersión, ofrecen a los jóvenes oportunidades para trabajar juntos en la misión de la Iglesia en los márgenes. Muchas comunidades religiosas han adoptado las nuevas tecnologías y han invitado a los jóvenes a que les ayuden a comprender y utilizar el panorama digital. Y cada vez más jóvenes se encuentran con Jesús en el Santísimo Sacramento, la Presencia Real, tanto en la Misa como en la Adoración Eucarística.

Comprensión entre generaciones

A medida que la Iglesia encuentra, escucha y está presente entre los jóvenes, llega a comprender mejor la singularidad de cada persona. El Papa Francisco señaló que en el mundo de hoy, “vemos una tendencia a “homogeneizar” a los jóvenes, a disolver las diferencias propias de su lugar de origen, a convertirlos en seres manipulables hechos en serie”⁴² produciendo una esterilidad cultural en la que las identidades a menudo se olvidan con el paso del tiempo. Sobra decir que los jóvenes no son un conjunto de datos, una categoría demográfica o un monolito abstracto, sino que cada joven tiene un nombre, un rostro y un alma, “con sus vidas concretas”.⁴³ Para comprender y apreciar verdaderamente cada historia única, debemos reconocer las distintas expresiones culturales y generacionales presentes en sus vidas. Escuchamos para comprender con corazones bondadosos.

⁴² CV, no. 186.

⁴³ CV, no. 71.

Aunque conocer datos, normas culturales y tendencias emergentes sobre los jóvenes adolescentes, los jóvenes universitarios y los jóvenes adultos puede ser útil hasta cierto punto, descubrimos que la mejor manera de conocer a los jóvenes es a través del acompañamiento individual. El Papa Francisco hace hincapié en esto al reflexionar sobre la historia de Emaús, señalando que, como hizo Jesús con los dos discípulos en el camino, la escucha debe ser “a la persona” y que “debe sentir que lo escucho incondicionalmente, sin ofenderme, sin escandalizarme, sin molestarme, sin cansarme... Esta escucha atenta y desinteresada indica el valor que tiene la otra persona para nosotros, más allá de sus ideas y de sus elecciones de vida”.⁴⁴ Hay que escuchar para comprender al otro, para ponerse en su lugar en el camino de la vida.

San Juan Bosco, sacerdote y educador italiano del siglo XIX, dio ejemplo a la Iglesia en este sentido. Quien sigue las huellas de este santo activamente “participa en la vida de los jóvenes, se interesa por sus problemas, procura entender cómo ven ellos las cosas, toma parte en sus actividades deportivas y culturales, en sus conversaciones”.⁴⁵ A medida que los líderes de la iglesia, los padres y los adultos de confianza aprenden más sobre cada joven en sus vidas, comienzan a conocer y comprender mejor la cultura, la generación y las experiencias vividas únicas del joven, lo que los convierte en un ministro pastoral más eficaz y receptivo para y con los jóvenes. Esto también se aplica a los ministros jóvenes que tienen el reto de aprender y comprometerse con jóvenes adolescentes y jóvenes adultos fuera de su red más cercana de amigos o compañeros.

Sanando heridas

Los jóvenes no siempre pueden escuchar la voz del Señor si sus necesidades básicas no están cubiertas o cuando hay heridas que eclipsan su compromiso con una comunidad de fe. “En realidad, la situación exige a menudo que la acción apostólica con los jóvenes sea de índole humanizadora y misionera, como primer paso necesario”.⁴⁶ La Iglesia, por tanto, se ve obligada a adoptar un enfoque más pastoral en sus ministerios con los jóvenes adolescentes, los jóvenes universitarios y los jóvenes adultos.

⁴⁴ CV, no 292.

⁴⁵ Juan Pablo II, Carta Apostólica *Iuvenum Patris* (en el centenario de la muerte de San Juan Bosco), 1988, no. 12.

⁴⁶ Congregación para el Clero, *Directorio General para la Catequesis* (Estado de la Ciudad del Vaticano: LEV, 1997), no. 185.

Como parte del proceso de escucha, podemos ser un “hospital de campaña tras una batalla” para “curar heridas”⁴⁷ de los muchos jóvenes que luchan, en lo grande y en lo pequeño, y abordar las heridas en aquellos jóvenes que son indiferentes a la fe o buscan un mayor sentido en sus vidas. Los ministerios de la Iglesia con jóvenes adolescentes y jóvenes adultos deben estar atentos a su bienestar físico, emocional y espiritual, para que la gracia de Dios pueda romper cualquier dureza de corazón o herida endurecida. Se anima a los líderes pastorales y a las familias a defender y ayudar a los jóvenes, especialmente a los que están en situación de riesgo y viven al margen de la sociedad. Esto implica la voluntad de comprometerse en el trabajo pastoral de sanar las heridas, restaurar la confianza y revitalizar la fe. Esto exige una evangelización (y, en caso necesario, una experiencia de evangelización previa) que llegue tanto al corazón como a la cabeza del joven.

Para que una formación más profunda o la búsqueda de un camino vocacional arraiguen en la vida de un joven, es necesario que se genere confianza, y eso puede llevar tiempo. Reconocemos las veces que hemos fallado a los fieles, en particular a través de escándalos y abusos de poder, y nos comprometemos a hacer lo que sea justo y necesario. En este sentido, podemos tratar de reconstruir esa confianza. Además, un buen ministerio con los jóvenes no puede precipitarse. Pero al mismo tiempo no puede retrasarse. Esta directiva paciente, pero urgente, habla del desarrollo de un modelo más sinodal de ministerio con los jóvenes,⁴⁸ el cual es un “caminar juntos” hacia la corresponsabilidad y “la participación de todos en la vida eclesial”.⁴⁹ La comunidad católica, en su “construcción de un pueblo en paz, justicia y fraternidad”,⁵⁰ reconoce que “el tiempo es superior al espacio...la unidad es superior al conflicto...la realidad es superior a la idea...(y) el todo es más que las partes”.⁵¹ Todo el proceso de escuchar a los jóvenes y trabajar con ellos, sobre todo para sanar y restaurar lo que se ha roto, requiere tiempo y paciencia, está libre de juicios y conflictos y se basa en realidades vividas.

En un país culturalmente diverso como los Estados Unidos, los ministros de la pastoral con jóvenes deben llegar a ser intercultural e inter generacionalmente competentes, ya que “para realizar la misión de la Iglesia...son requisitos indispensables y de gran importancia el conocimiento, las actitudes y las

⁴⁷ “Entrevista al Papa Francisco,” por P. Antonio Spadaro, S.J., *La Civiltà Cattolica*, 21 de septiembre de 2013.

⁴⁸ CV, no. 206.

⁴⁹ Sínodo de los Obispos, *Documento Preparatorio para el Sínodo “Por una Iglesia sinodal”* (Estado de la Ciudad del Vaticano: LEV, 2021), no. 11.

⁵⁰ Papa Francisco, *Evangelii Gaudium* (EG) (Washington DC: Editorial USCCB, 2013), no. 221.

⁵¹ Ibid, nos. 222, 228, 233, 235.

habilidades en las relaciones interculturales e interraciales”.⁵² Al escuchar las heridas, las realidades, las preguntas, las frustraciones y el descontento de los jóvenes, tenemos la oportunidad de restablecer una auténtica “cultura del encuentro”⁵³ que también incluye asumir “la responsabilidad de corregir las injusticias del racismo y sanar los daños que ha causado...y para expresar nuestra firme y renovada decisión de trabajar por la justicia”.⁵⁴ Estos actos de sanación son esenciales para una Iglesia que escucha de verdad a los jóvenes.

De la escucha a la respuesta

Cuando los líderes de los ministerios y las familias escuchan de verdad, a menudo se encuentran con “los pobres y critican los sistemas sociales que impiden la realización del Reino de Dios”,⁵⁵ y puedan establecer ministerios verdaderamente receptivos y dinámicos que sean multilingües, interculturales e intergeneracionales, con “mayor hospitalidad y alcance, colaboración y respeto mutuo entre los movimientos, puentes a los servicios sociales en la comunidad...para visitar a personas en las periferias y atender las necesidades de los más vulnerables”.⁵⁶ Teniendo esto en cuenta, la escucha siempre debe conducir a una respuesta que esté arraigada en lo que se ha oído y visto, así como única, ya que cada joven es distinto. Dicha respuesta se realiza dentro de una “comunidad de comunidades, santuario donde los sedientos van a beber para seguir caminando, y centro de constante envío misionero”.⁵⁷

Se puede hacer un esfuerzo continuo para equipar a todos los fieles católicos con un espíritu receptivo, teniendo siempre en cuenta a aquellos que puedan sentirse excluidos, marginados o ignorados.⁵⁸ Para apoyar a los sacerdotes y a los líderes parroquiales, que se encuentran abrumados por las crecientes responsabilidades y los recursos limitados, toda la comunidad católica tendrá que intervenir y trabajar

⁵² USCCB, *Desarrollando la capacidad intercultural de los ministros: bilingüe* (Washington DC: Editorial USCCB, 2014), xiii.

⁵³ EG, no. 220.

⁵⁴ USCCB, *Abramos nuestros corazones: El incesante llamado al amor – Carta pastoral contra el racismo* (Washington DC: Editorial USCCB, 2018), p. 25.

⁵⁵ USCCB, *Encountering Christ in Harmony: A Pastoral Response to our Asian and Pacific Island Brothers and Sisters* [Encontrando a Cristo en la armonía: Una respuesta pastoral a nuestros hermanos y hermanas asiáticos y de las islas del Pacífico], (Washington DC: Editorial de la USCCB, 2018), p. 41.

⁵⁶ *Memorias y Conclusiones*, p. 43. Este sentimiento también tuvo eco en el proceso y las conclusiones de *Caminando Juntos* de la USCCB.

⁵⁷ EG, no. 28.

⁵⁸ Las iniciativas de la USCCB, Desarrollar la competencia intercultural para el ministerio (BICM por sus siglas en inglés) y el recurso, *Desarrollando la capacidad intercultural de los ministros* (Publicaciones de la USCCB, 2014) del Comité de Diversidad Cultural en la Iglesia, pueden ser útiles en este tema. Ver [BICM APÉNDICES Spanish | USCCB](#).

para transformar sus parroquias locales en “ámbitos de viva comunión y participación”.⁵⁹ Al hacerlo juntos, “en todas nuestras instituciones necesitamos desarrollar y potenciar mucho más nuestra capacidad de acogida cordial, porque muchos de los jóvenes que llegan lo hacen en una profunda situación de orfandad...[para] ofrecer caminos de amor gratuito y promoción, de afirmación y crecimiento”.⁶⁰

Esta comunión encuentra su punto culminante en la celebración de la Eucaristía, “el Pueblo de Dios toma parte en ‘la obra de Dios’”.⁶¹ En las numerosas transiciones a las que se enfrentan los jóvenes, deberían poder encontrar un “hogar” allí donde se celebre la Misa. “El Sacramento de la Eucaristía se llama Sagrada Comunión precisamente porque, al ponernos en íntima comunión con el sacrificio de Cristo, somos puestos en íntima comunión con él, por él, entre nosotros”.⁶² Al orientar a los jóvenes hacia la Presencia Real de Cristo en la Eucaristía e invitarlos a participar activamente en una comunidad eucarística, les ofrecemos un encuentro con el Señor siempre presente, misericordiosamente comprensivo y fuente de toda sanación. Por lo tanto, los esfuerzos para fomentar la participación de los jóvenes en la celebración eucarística y en las devociones eucarísticas pueden arraigar a los jóvenes en su identidad católica y darles herramientas para llegar a los demás “más allá de los grupos de amigos y construir la amistad social, buscar el bien común”.⁶³ A través de esto, los jóvenes también pueden encontrar una conexión con la Iglesia católica mundial. Experiencias como las conferencias nacionales, las experiencias de inmersión en el voluntariado y la justicia, la creación de redes regionales y las Jornadas Mundiales de la Juventud ofrecen a los jóvenes adolescentes, jóvenes universitarios y jóvenes adultos una visión de la comunidad universal de la fe, un “hogar” mundial por así decirlo, al mismo tiempo que enriquecen el camino de un joven dentro de su propia comunidad local, su herencia cultural y étnica y su familia de origen.

A pesar de las tribulaciones que los discípulos de Emaús acababan de sufrir al presenciar la pasión y muerte del Señor, el divino extranjero que se les unió permitió a los dos viajeros compartir sus historias en su totalidad, sin interrupciones ni juicios. Al hacerlo, Jesús propició un sentimiento de pertenencia y comunidad mientras caminaban juntos. Se sentían a gusto en presencia del Señor. Todo comenzó con la postura de escucha pastoral de Jesús, incluso si lo que compartían era incompleto. Este es el primer paso para el trabajo de la Iglesia con los jóvenes de hoy. Los ministerios con los jóvenes pueden entenderse

⁵⁹ EG, no. 28.

⁶⁰ CV, no. 216.

⁶¹ CCC, no. 1069.

⁶² USCCB, *El Ministerio de la Eucaristía en la Vida de la Iglesia* (Washington DC: Editorial USCCB, 2021), no. 25.

⁶³ CV, no. 169.

mejor como una “respuesta de la comunidad cristiana a las necesidades de los jóvenes y el intercambio de los dones únicos de la juventud con la comunidad en general”.⁶⁴ En este sentido, animamos a los responsables de los ministerios y a las familias a establecer las condiciones para que se produzca una escucha mutua: donde las generaciones mayores puedan escuchar de verdad a los jóvenes y donde los jóvenes puedan escuchar de verdad a Dios que les habla en la Palabra y en la sabiduría de la Iglesia. Esta escucha conduce también a la vocación: al escuchar, podemos ayudar a los jóvenes a identificar, discernir y poner sus dones al servicio de la Iglesia o para su misión en el mundo. Cuando estamos abiertos y conmovidos por lo que oímos, y cuando los demás saben que los hemos comprendido y les hemos devuelto lo que se había perdido, nuestros corazones y nuestras mentes están más receptivos a la llamada del Señor.

⁶⁴ National Conference of Catholic Bishops [Conferencia Nacional de los Obispos Católicos] (NCCB por sus siglas en inglés), *A Vision of Youth Ministry* [Una Visión para el Ministerio con Jóvenes Adolescentes] (Washington DC: Editorial USCCB, 1976), p. 6.

SEGUNDA PARTE: ENSEÑA

Y comenzando por Moisés y continuando en todas las Escrituras lo que se refería a él (Lc 24,27)

Después de haber escuchado pacientemente el testimonio de los dos discípulos de camino a Emaús, Jesús hace una abrupta intervención: “¡Hombres duros de entendimiento, cómo les cuesta creer todo lo que anunciaron los profetas!” (Lc 24,25). No pretendía avergonzar o herir a sus compañeros de viaje, sino llamar su atención mientras disipaba sus tinieblas con la verdad de su luz radiante. Jesús ofrece a sus discípulos la oportunidad de una conversión del corazón. Ahora va a enseñarles de una manera decisiva, a responder y revelarse en sus experiencias, y al hacerlo, les dará “un espíritu nuevo”, transformando sus corazones de piedra a vida nueva (Ez 36,26).

Jesús era llamado “Rabí” o “Maestro” (Jn 1,38) y compartía la Buena Nueva a través del diálogo, las parábolas y las enseñanzas. Interpretaba las Escrituras y aplicaba su sabiduría a las circunstancias presentes. En cada generación sucesiva, todos los que han ministrado en el nombre del Señor han sido instruidos por Cristo: “Vayan, y hagan que todos los pueblos sean mis discípulos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo” (Mt 28,19). La Gran Comisión continúa hasta el día de hoy dentro de los ministerios de la Iglesia con jóvenes, ya que los líderes pastorales, las familias y los jóvenes comparten la luz de Cristo y provocan una conversión del corazón. Esto comienza respondiendo a sus realidades.

Aquí recordamos a santa Kateri Tekakwitha, una joven indígena de las naciones algonquina e iroquesa que vivió en el siglo XVII, perseguida por su fe en Cristo y elevada en modelo para los jóvenes de hoy por el Papa Francisco.⁶⁵ Santa Kateri encontró el consuelo del Señor a través de sus maestros y guías, los misioneros jesuitas de Norteamérica. Anhelando saber más sobre la fe católica, pidió a los que la atendían: “¿Quién me enseñará lo que es más agradable a Dios, para que pueda hacerlo?”⁶⁶ Sus maestros y pastores la invitaron a conocer a Cristo, le proclamaron la Buena Nueva, la formaron en las enseñanzas de la Iglesia, la bautizaron y la alimentaron con el Pan de Vida, para sostenerla y fortalecerla. Nosotros estamos llamados a hacer lo mismo.

⁶⁵ Ver CV, no. 55.

⁶⁶ Kateri Tekakwitha, qtd. in Walworth, Ellen Hardin, *The Life and Times of Kateri Tekakwitha: The Lily of the Mohawks* [Vida y época de Kateri Tekakwitha: el lirio de los Mohawks], 1656-1680 (Buffalo, New York: Peter Paul & Brother, 1893), p. 196.

Esto habla del papel de los mentores y guías en la vida de un joven. “Los mentores no deberían llevar a los jóvenes a ser seguidores pasivos, sino más bien a caminar a su lado, dejándoles ser los protagonistas de su propio camino...por ello, un mentor debe simplemente plantar la semilla de la fe en los jóvenes, sin querer ver inmediatamente los frutos del trabajo del Espíritu Santo”.⁶⁷ Demasiados jóvenes carecen hoy de mentores en sus vidas, y sin embargo estas figuras de sabiduría pueden hacer mucho para guiar a un joven por el buen camino. Esta experiencia de acompañamiento es algo que comienza en la familia y se extiende a los profesores, adultos respetados, líderes eclesiásticos y contactos profesionales que un joven encuentra a medida que madura en la vida.

Proclamar a Jesucristo

¿Qué enseña Jesús a los discípulos en el camino a Emaús? El evangelista nos dice que, “y comenzando por Moisés y continuando en todas las Escrituras lo que se refería a él” (Lc 24,27). Esto nos recuerda que el anuncio de Cristo debe estar en el centro de cualquier experiencia de compromiso con los jóvenes. Jesús es el centro de la evangelización.

San Pablo VI compartió: “a todos lo anuncio... Jesucristo es nuestra predicación constante; es su nombre el que proclamamos hasta los confines del mundo (ver Rom 10,18) y por todos los siglos (Rom 9,5). ¡Recuérdelo y medítenlo!”.⁶⁸ Cuando predicamos a Jesucristo y el Evangelio en su plenitud, podemos encender un fuego de fe en quienes lo escuchan proclamado con amor y pasión.

Los líderes pastorales y las familias que comparten la vida y las enseñanzas de Jesús “estamos llamados a amar y aceptar a todas las personas de tal manera que invite a cada persona a una relación más profunda con Cristo y una mayor armonización de sus vidas con las enseñanzas que él nos dejó”.⁶⁹ Los jóvenes podrán encontrar a Cristo a través de la Iglesia, los sacramentos y el testimonio de nuestras vidas. Hacer una invitación audaz a la fe puede ayudar a disipar la oscuridad y agrandar las alegrías en la vida de un joven, permitiendo que Jesucristo transforme sus experiencias vividas y produzca una conversión del corazón.

⁶⁷ CV, no. 246.

⁶⁸ Pablo VI, “Homilía del Santo Padre, Misa en Quezon Circle, Filipinas, Manila” (LEV: 29 de noviembre de 1970), no. 1.

⁶⁹ USCCB, *Viviendo como Discípulos Misioneros* (LMD por sus siglas en inglés) (Washington DC: Editorial USCCB, 2017), p. 15.

Las enseñanzas de Cristo son contraculturales y transformadoras: buscar ante todo el Reino de Dios, amar a los enemigos, llevar una vida moral y sacrificarse por el bien de los demás, especialmente de los marginados y olvidados. Puede llevar tiempo aceptar estas verdades, y los jóvenes deben disponer de ambientes acogedores en los que puedan hacer preguntas sin ser juzgados y debatir cuestiones difíciles. A medida que los jóvenes son acompañados en su peregrinación de fe, necesitan escuchar una proclamación clara del mensaje de salvación, las implicaciones de la vida evangélica (incluidos los efectos del pecado), el abrazo de la misericordia de Dios y el amor incondicional que Cristo ofrece a quienes le siguen, todo ello inculturado en sus vidas en un lenguaje y un estilo que puedan entender, apreciar y apropiarse en sus propias vidas. Necesitan padres llenos de fe, ministros pastorales y líderes que puedan interpretar con amor las historias de los jóvenes a través del lente de la fe y fomentar la conversión del corazón. En particular, para los que están en el ministerio ordenado, no podemos insistir lo suficiente en la importancia que tiene una homilía, al articular bien el significado relevante de la Palabra de Dios, para interesar a los jóvenes en la vida litúrgica de la Iglesia e invitarlos a una relación más profunda con Jesucristo.

“Toda formación cristiana es ante todo la profundización del *kerygma*”.⁷⁰ No se trata de la mera recitación de una fórmula, sino de un proceso mediante el cual uno, a través de la experiencia y la explicación, puede comprender el amor de Dios mostrado a través de Jesucristo. Abrazar este amor no sólo nos acerca a Dios, sino también a los demás. “El *kerygma* tiene un contenido ineludiblemente social: en el corazón mismo del Evangelio está la vida comunitaria y el compromiso con los otros. El contenido del primer anuncio tiene una inmediata repercusión moral cuyo centro es la caridad”.⁷¹

Los maestros eficaces deben estar familiarizados con la Biblia, tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento, y con la enseñanza de la Iglesia sobre la Palabra de Dios, que incluye tanto la Escritura como la Tradición, comprendiendo la historia de la salvación revelada a través de los textos sagrados. Un joven aprende de Dios y de su amor por nosotros a través de las Escrituras, que son “la palabra de Dios, en cuanto escrita,” y a través de la Sagrada Tradición, que “recibe la palabra de Dios... y la transmite íntegra”.⁷² Los Evangelios ocupan “el lugar preminente”⁷³ entre todas las Escrituras, “puesto que son el testimonio principal de la vida y doctrina del Verbo Encarnado, nuestro Salvador”.⁷⁴ Los Evangelios deben ser igualmente preeminentes en la vida de todos los discípulos misioneros. Dios continúa

⁷⁰ EG, no. 165.

⁷¹ EG, no. 177.

⁷² Catecismo de la Iglesia Católica (CCC), no 81.

⁷³ Concilio Vaticano Segundo, *Dei Verbum*, no. 18.

⁷⁴ Ibid.

revelándose de diferentes maneras a través de la Iglesia y de las verdades presentadas en las Escrituras, los sacramentos, la Tradición, los santos y doctores de la Iglesia, y la Doctrina Social Católica, así como en símbolos, rituales, sacramentales y devociones.

No se puede separar la doctrina y la enseñanza moral de la Iglesia del anuncio de Jesucristo. No hay oposición entre lo que la Iglesia enseña y lo que Dios ha revelado. La Iglesia es el medio por el cual podemos escuchar la voz de Jesús (ver Jn 10,27), experimentar su poder salvador, tener una conversión del corazón y ser incorporados a la comunidad de fe. Cuando un joven tiene un encuentro real con Jesucristo, como aquellos discípulos de Emaús, su corazón arderá en su interior, impulsándolo a querer conocer aún más al Señor.

Otro componente clave de esta evangelización es que las familias y los líderes pastorales compartan su propio testimonio del poder salvador de Dios en sus vidas. Contar nuestra historia, con sus alegrías y desafíos, es abrirnos a otro compañero de viaje, admitiendo libremente nuestras faltas y tropiezos en el camino, para mostrar a un joven cómo Cristo nos iluminó. La narración auténtica invita a la otra persona a ver cómo actúa Dios en las experiencias cotidianas de la vida y a plantearse cómo descubrir al Señor en su historia. En este proceso, él o ella es capaz de interpretar mejor, con el apoyo de compañeros comprensivos, cómo actúa Dios. Para aquellos que son tibios en su vida de fe o indiferentes a la Iglesia y sus enseñanzas, esta comprensión renovada del poder de la propia historia puede convertir corazones y mentes hacia una mayor formación y misión.

Una catequesis evangelizadora

En las relaciones sanas y amorosas, crecemos continuamente en el conocimiento del otro. El mismo principio se aplica a la relación de un joven con Dios y con la Iglesia. El ministerio de la formación fluye del *kerigma* y es una parte esencial de los ministerios con jóvenes adolescentes, jóvenes universitarios y jóvenes adultos, ya que capacita para una vida de discipulado, cuyo objetivo es la “intimidad con Jesucristo”.⁷⁵ Los conocimientos compartidos en el proceso catequético se dan para ayudar a enamorarse más profundamente de Jesús y para modelar la propia vida según la suya. El Papa Francisco señala la importancia clave de la catequesis con los jóvenes arraigados en Jesucristo, recordándonos que:

⁷⁵ Juan Pablo II, *Catechesi Tradendae*, 1979, no. 5.

Cualquier proyecto formativo, cualquier camino de crecimiento para los jóvenes, debe incluir ciertamente una formación doctrinal y moral. Es igualmente importante que esté centrado en dos grandes ejes: uno es la profundización del *kerygma*, la experiencia fundante del encuentro con Dios a través de Cristo muerto y resucitado. El otro es el crecimiento en el amor fraterno, en la vida comunitaria, en el servicio.⁷⁶

La catequesis evangelizadora tiene muchas expresiones. Por ejemplo, la formación puede y debe tener lugar en el hogar cuando los padres, abuelos y familias comparten la fe católica con sus hijos e hijas; también puede tener lugar en la educación religiosa o en los salones de clase, en los ministerios para jóvenes adolescentes o jóvenes adultos, en grupos de diálogo informales, conversaciones individuales, presentaciones dinámicas, aprendizaje en línea y en el proceso posterior a algún evento, a través del arte visual, el teatro o la música, y durante la preparación sacramental para la Confirmación, el Matrimonio o el Bautismo de niños y jóvenes adultos. Hay muchos estilos de aprendizaje y métodos educativos que pueden utilizarse en la proclamación de la fe. El *Directorio para la Catequesis* articuló las tareas para la catequesis, modelando la manera en que Jesús formó a sus propios discípulos: “conduce al conocimiento de la fe; inicia en la celebración del Misterio; forma a la vida en Cristo; enseña a orar e introduce a la vida comunitaria”.⁷⁷

Los líderes pastorales que acompañan a los jóvenes, en común con sus familias, comparten la fe como se indica en el *Catecismo de la Iglesia Católica*. Esto incluye una presentación de la vida y las enseñanzas de Jesucristo y todas las Escrituras; la celebración de la fe a través de la oración, la liturgia y los sacramentos, arraigados en la comunidad de la Iglesia; nuestras enseñanzas morales y éticas, basadas en los Diez Mandamientos y las Bienaventuranzas; la Doctrina Social Católica; y la llamada del Señor a cada persona para que asuma su vocación y misión en el mundo. Formar a los jóvenes en el arte del discernimiento⁷⁸ también es fundamental, ya que este proceso puede hacer que su camino vocacional, el desarrollo de su conciencia y la toma de buenas decisiones en la vida sean más fructíferos y orientados hacia el Evangelio.

⁷⁶ CV, no. 213.

⁷⁷ Directorio para la Catequesis, no. 79.

⁷⁸ Ver *Christus Vivit*, capítulo 9 (párrafos 278-298) para conocer las aportaciones del Papa Francisco sobre el arte del discernimiento.

La formación integral en la fe debe involucrar también a diversas personas a medida que el joven madura hacia la edad adulta. Los padres son los principales catequistas, y su ministerio se ve complementado y apoyado por otros miembros de la familia, en particular los abuelos y los ancianos, otros adultos de confianza de la comunidad, pastores y agentes de pastoral, profesores y mentores. Esta extensa lista pone de relieve que los ministerios con jóvenes se enriquecen cuando son ampliamente intergeneracionales e interculturales. Las familias necesitan apoyo en la formación de los jóvenes, y el testimonio y la generosidad de otras personas de la comunidad pueden ayudar en el crecimiento de los jóvenes a largo plazo. La Sierva de Dios, Hna. Thea Bowman, FSPA nos lo recordó diciendo: “Se necesita toda la Iglesia”,⁷⁹ y “la Iglesia es una familia de familias y la familia tiene que permanecer unida y...si caminamos y hablamos y trabajamos y jugamos y permanecemos unidos en el nombre de Jesús – seremos quienes decimos ser – verdaderamente católicos”.⁸⁰ Las familias evangelizan a las familias, y esta mutualidad misionera es un medio eficaz para la formación en la fe de los jóvenes dentro de esas familias.

Compartir la verdad con amor

Dado que la adolescencia comienza con la pubertad y que la edad de la juventud adulta está a menudo marcada por el noviazgo, el matrimonio y la paternidad, es esencial que los jóvenes reciban una clara proclamación de la doctrina de la Iglesia sobre la sexualidad humana para ayudarlos a navegar por las transiciones importantes de la vida. Debemos compartir la verdad con amor, con calidez y preocupación genuina. Además, ayudar a los jóvenes a apreciar la importancia de la razón y el discernimiento frente a las emociones durante estos años formativos puede ser increíblemente beneficioso. De hecho, una comprensión básica de la doctrina de la Iglesia sobre la sexualidad humana, tal como la explicó San Juan Pablo II en sus escritos sobre la “Teología del Cuerpo”, es esencial para los jóvenes adolescentes, jóvenes universitarios y jóvenes adultos, para que puedan “reconocer y aceptar su identidad sexual”⁸¹ y puedan plantearse las elecciones que hacen, no como un “no al sexo”, sino como un “sí” a la belleza y al don que Dios tiene para ellos. Esto incluye comunicar la distinción entre lujuria y amor, y el testimonio personal para superar los deseos sexuales desordenados. Eso se consigue en la castidad. La catequesis evangelizadora en el ámbito profundamente personal de la sexualidad incluye dar testimonio de opciones virtuosas y compartir el testimonio de la Palabra de Dios en la Escritura y la Tradición sobre el uso

⁷⁹ Adaptado del proverbio ghanés “Se necesita un pueblo para criar a un niño”. Citado en *Renovando la Visión*, p. 61.

⁸⁰ Hna. Thea Bowman, “[Address to the U.S. Bishop’s Conference](#),” [Discurso ante la Conferencia Episcopal de los EE. UU.] (solo en inglés). Junio de 1989, p. 5.

⁸¹ CCC no. 2333.

correcto de la sexualidad según el estado de vida de cada uno. Éstas revelan con amor las razones por las que la actividad sexual es inseparable del matrimonio y de la disposición a tener hijos, por qué hay que apreciar la verdad y la belleza de la fertilidad, por qué la anticoncepción daña el designio de Dios para el amor conyugal y por qué la pornografía es perversa. Además, proporcionan el fundamento para la aceptación por parte de la Iglesia de los métodos de Planificación Familiar Natural.⁸² Ha sido alentador ver recursos innovadores e inspiradores de ministerios dedicados a ayudar a los jóvenes a vivir la virtud de la castidad.

Las enseñanzas de la Iglesia con respecto a la sexualidad humana son claras: cada persona es amada y valorada, sin embargo, la actividad sexual entre personas del mismo sexo y cualquier acto sexual fuera del matrimonio son rechazados por ser un pecado. Intentamos acompañar y formar con amor a quienes experimentan atracción por personas del mismo sexo o son sexualmente activos fuera del matrimonio, de un modo que sea relevante para sus deseos y fiel a las enseñanzas de la fe. Muchos jóvenes que luchan de esta manera no creen que la Iglesia sea el lugar adecuado para ellos; y a veces los miembros de las comunidades de fe pueden reaccionar con prejuicios y no estar preparados para ofrecer un apoyo afectuoso. Como resultado, la Iglesia pierde la presencia de muchos jóvenes, no sólo de los que sienten atracción por el mismo sexo, tienen discordancia de género o son sexualmente activos, sino también de otros que comprenden sus sufrimientos y, sin embargo, son incapaces de ofrecer un testimonio que permita a otros jóvenes superar esos sufrimientos.⁸³ La Iglesia, por consiguiente, debe acoger y ofrecer un lugar de escucha, de sanación y de comunicación de la verdad del Evangelio a todos los jóvenes. Tenemos un Dios que está dispuesto a correr detrás de nosotros, incluso cuando vamos en dirección equivocada, como los dos discípulos que se dirigían inicialmente a Emaús.

En relación con esto, reconocemos que muchas de las enseñanzas sociales de la Iglesia sobre temas como el aborto, la bioética, la pena de muerte, la eutanasia, la inmigración, la guerra, la delincuencia, la ecología, la vida familiar y el acceso a la atención médica pueden resultar desafiantes para las perspectivas políticas de los jóvenes. Los líderes pastorales y las familias deben mostrar valor para hablar de estas verdades con amor y paciencia, así como compartir con los jóvenes la responsabilidad de defender la vida y la dignidad de todas las personas en la sociedad.

⁸² Ver USCCB, *Llamados a la Alegría del Amor*, (Washington DC: Editorial USCCB, 2021), pp. 19, 20.

⁸³ Para ver más, revisar USCCB, *Ministerio a las personas con inclinación homosexual*, (Washington DC: Editorial USCCB, 2006).

También nos dirigimos a los jóvenes, especialmente a los jóvenes discípulos fieles que han experimentado personalmente diversas luchas relacionadas con estas cuestiones morales, sociales y éticas, para que ayuden a las comunidades católicas a reflejar y comunicar con más amor lo que Dios ha revelado sobre la dignidad de la persona humana, el deseo sexual, la correcta relación con los demás, la justicia social y la llamada universal a la santidad para todos.⁸⁴ Los familiares y amigos que acompañan a los jóvenes pueden responder a temas desafiantes como éstos con verdad, humildad, claridad y caridad.⁸⁵ No se puede mantener una conversación fructífera sobre estos temas y decir la verdad con amor sin contar con la dirección del Espíritu Santo y, en la medida de lo posible, centrar la conversación en Jesucristo, que vino para que sus discípulos “conocerán la verdad y la verdad los hará libres” (Jn 8,32). Este importante y paciente proceso conduce a una adecuada formación de la conciencia, al desarrollo de una conciencia que este “nutrida en la oración, iluminada por el estudio, estructurada por el Evangelio y guiada por las enseñanzas de la Iglesia”.⁸⁶ El ministerio de la catequesis y de la formación de las conciencias, si se lleva a cabo correctamente, puede ofrecer a los jóvenes una presentación sistemática de la fe para que comprendan realmente lo que significa ser discípulo misionero de Cristo: alejarse del pecado y ser fieles al Evangelio de Jesús y a las tradiciones de la Iglesia.

Hay una gran virtud en ayudar a los jóvenes a reivindicarse y apropiarse de los valores de su fe y a aprovechar el eterno testimonio y la sabiduría de los santos, “para que estén mejor preparados para dar testimonio del reino de la verdad en el mundo”.⁸⁷ Los jóvenes pueden comprobar por sí mismos que la fe y la razón nunca se oponen, sino que más bien “la fe y la razón (*Fides et ratio*) son como las dos alas con las cuales el espíritu humano se eleva hacia la contemplación de la verdad”.⁸⁸ Del mismo modo, una buena formación con los jóvenes puede disipar la falsa afirmación de que la ciencia y la fe se oponen o de que la ciencia refuta a Dios o las doctrinas o dogmas de la Iglesia católica. Cuando las verdades reveladas por Dios no concuerdan con las suposiciones comunes en las culturas en las que viven los jóvenes o con las presuposiciones que ellos puedan tener, esas verdades necesitan ser explicadas “con suavidad y respeto” (1 Pe 3,16), sin diluir la fe o evitar las cuestiones por completo. Los padres y los líderes pastorales están llamados a conocer la mejor manera de responder a estos desafíos, con el apoyo de sus obispos y párrocos locales.

⁸⁴ Ver CCC no. 2359.

⁸⁵ Ver USCCB, *Llamados a la Alegría del Amor* (2022), p. 36-37.

⁸⁶ USCCB, *Empowered by the Spirit: Campus Ministry Faces Its Future* [Fortalecidos por el Espíritu: La Pastoral Universitaria ante su futuro], (1985), no. 63.

⁸⁷ *Fortalecidos por el Espíritu*, no. 53.

⁸⁸ Juan Pablo II, Carta Encíclica *Fides et Ratio* (1998), prefacio.

Todos los que catequizan están llamados a ser *testigos* de la fe católica, maestros y acompañantes,⁸⁹ guiados por el Espíritu Santo “verdadero protagonista de toda auténtica catequesis”.⁹⁰ Por las virtudes y las acciones fieles de un padre o de un responsable de pastoral, un joven podrá ver cómo se ha de vivir la fe católica, incluso ante las incertidumbres y los desafíos.

Renovar la vida sacramental

Fue “al partir el pan” (Lc 24,35) cuando los dos discípulos que se dirigían a Emaús reconocieron por fin a Jesús. La importancia decisiva de la revelación eucarística en el relato de esta historia nos recuerda que los encuentros sacramentales son momentos clave en la formación y el acompañamiento.

Los ministerios con jóvenes ofrecen oportunidades para invitar a los jóvenes a las celebraciones litúrgicas y sacramentales que les ayuden a comprender y recibir la verdadera presencia de Cristo en sus vidas. Los líderes pastorales y las familias pueden transmitir a los jóvenes cómo el Bautismo, la Confirmación y la Eucaristía – sus Sacramentos de Iniciación en la familia de la Iglesia – “ponen los *fundamentos* de toda vida cristiana”.⁹¹ La prominencia de la vida sacramental en estos ministerios revela cómo Jesús continúa la obra de “de curación y de salvación”⁹² en los sacramentos de la Reconciliación y la Unción de los Enfermos. Las gracias del Orden y del Matrimonio, a las que a menudo se accede en la edad adulta, “están ordenados a la salvación de los demás”.⁹³ Así pues, la gran amplitud de la vida sacramental y el cimiento en las Escrituras son claves para cualquier trabajo pastoral eficaz con las generaciones más jóvenes, ya que tienen el poder transformador de sanar gran parte de lo que los jóvenes afrontan hoy en día. En este sentido, recordamos al Beato Carlos Manuel Rodríguez Santiago (“Beato Carlos”), un catequista laico de Puerto Rico cuya pasión por los jóvenes y cuyo amor por la vida sacramental y las Escrituras ayudaron a formar a los jóvenes en el aprecio activo y la conexión de la liturgia y los sacramentos con su vida cotidiana.

Por encima y más allá de cualquier cosa que hagamos en este mundo para escuchar y enseñar está la gracia de Dios, maravillosamente ofrecida en la Eucaristía, entregada gratuitamente para nuestra salvación

⁸⁹ Ver Directorio para la Catequesis, no. 113.

⁹⁰ Directorio para la Catequesis, no. 112.

⁹¹ CCC, no. 1212.

⁹² CCC, no. 1421.

⁹³ CCC, no. 1534.

y transformación. Nuestro trabajo es presentar a los jóvenes este don, facilitar este encuentro sagrado de cualquier manera que podamos, para que Cristo pueda encontrarse con nosotros. Este es el máximo momento de enseñanza.

Los jóvenes están llamados a una relación personal con Dios, pero no individualista. La comunidad eucarística nos lo recuerda. Los jóvenes están invitados a formar parte de una familia de fe y a fortalecerla mediante su participación en la vida de la Iglesia. La obra salvífica de Jesús, realizada a través de su sufrimiento, Muerte, Resurrección y Ascensión, continúa preeminentemente en los sacramentos. “La liturgia de la Iglesia, por su misma naturaleza como anuncio y promulgación de la Buena Nueva de la salvación, es un acto evangélico”.⁹⁴ A través del testimonio y la invitación de otros discípulos, los jóvenes pueden entrar en una participación plena, activa y consciente en la Misa. La vida sacramental ofrece una base sólida para lo que viene después.

San Pablo VI escribió que “la finalidad de la evangelización es precisamente la de educar en la fe, de tal manera, que conduzca a cada cristiano a vivir —y no a recibir de modo pasivo o apático— los sacramentos como verdaderos sacramentos de la fe”.⁹⁵ Esto es especialmente importante teniendo en cuenta las muchas transiciones que se producen en la juventud y en la edad adulta joven. Dondequiera que estén, Jesucristo está siempre presente para ellos en los Sacramentos, especialmente en la Eucaristía, que “es el compendio y la suma de nuestra fe”.⁹⁶ En estas experiencias sacramentales, los jóvenes pueden tener un renovado sentido de pertenencia, sabiendo que Cristo y la Iglesia están siempre presentes para ellos, “hasta el fin del mundo” (Mt 28,20). No se puede escapar a este amor. Es lo que los dos discípulos de Emaús vieron en la fracción del pan, el acto que apunta siempre a la Cruz, a la muerte sacrificial del Señor, al amor divino hasta la muerte. Esto es lo que esperamos que los jóvenes puedan llegar a comprender del Señor en la vida sacramental de la Iglesia.

De la enseñanza a la misión

Al proclamar el *kerigma*, transmitir una catequesis evangelizadora, compartir la verdad en el amor y ayudar a las personas a encontrarse con Jesús en la Eucaristía, los ministerios con jóvenes adolescentes, jóvenes universitarios y jóvenes adultos pueden fomentar el crecimiento de una relación con la Santísima

⁹⁴ Viviendo como Discípulos Misioneros, p. 17.

⁹⁵ Pablo VI, Exhortación Apostólica *Evangelii Nuntiandi* (EN), no. 47.

⁹⁶ CCC, no. 1327.

Trinidad, quién “infundió en nuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que clama a Dios llamándolo» ¡Abba!, es decir, ¡Padre! Así, ya no eres más esclavo, sino hijo, y por lo tanto, heredero por la gracia de Dios” (Gal 4,6-7). A medida que equipamos a los jóvenes con la verdad de la luz radiante de Cristo y los acompañamos y orientamos pacientemente con la guía del Espíritu Santo, podrán crecer en la misión a la que Dios les ha llamado. Enseñamos a los jóvenes para que tengan las herramientas necesarias para embarcarse en su misión y vocación, a través de esta obra misionera, en cualquiera de sus formas. Además de los Evangelios, el Rosario ofrece otra oportunidad para acompañar personalmente a un joven en su camino espiritual. Como nos decía San Juan Pablo II, “con él, el pueblo cristiano aprende de María a contemplar la belleza del rostro de Cristo y a experimentar la profundidad de su amor”.⁹⁷ En resumen, la acción principal de los líderes pastorales fieles y de las familias que acompañan a los jóvenes es “dar testimonio del Evangelio en todas partes, con su propia vida”.⁹⁸

De hecho, el Evangelio contiene la historia más grande de todos los tiempos, el amor de Dios por la humanidad hecho posible a través del “sí” de una joven (María), por medio de la cual Jesús, “la Palabra se hizo carne” (Jn 1,14), vino al mundo. Los jóvenes necesitan ver este mensaje vivo en las acciones de los ministros de pastoral que viven como fuertes testigos fieles del Evangelio y oír este mensaje declarado explícita y audazmente. “La Buena Nueva proclamada por el testimonio de vida deberá ser pues, tarde o temprano, proclamada por la palabra de vida. No hay evangelización verdadera, mientras no se anuncie el nombre, la doctrina, la vida, las promesas, el reino, el misterio de Jesús de Nazaret Hijo de Dios”.⁹⁹ Con este motivo, recordamos al Beato Carlo Acutis, un adolescente italiano que, en pleno siglo XXI, compartió la Buena Nueva de la presencia de Cristo en la Eucaristía a través de los medios de comunicación digitales. Su conocimiento y comprensión de la fe, incluso a una edad temprana, le dieron la confianza y la motivación para emprender su misión.

La comunidad católica es una comunidad en salida, que lleva la luz de Cristo al mundo. Los llamados a la pastoral con jóvenes actúan a través de la Iglesia e invitan con valentía a aquellos a quienes sirven a abrazar la Iglesia, a “vivir la fe juntos” y a “expresar nuestro amor en una vida comunitaria”.¹⁰⁰ En la transmisión de la fe a los jóvenes a través del acompañamiento de sus familias, amigos y responsables

⁹⁷ Juan Pablo II, Carta Apostólica *Rosarium Virginis Mariae* (2002), no. 1.

⁹⁸ CV, no. 175.

⁹⁹ EN, no 22.

¹⁰⁰ CV, no. 164.

pastorales, avanzamos con los jóvenes hacia la misión de la Iglesia, para que podamos, a su vez, llevar la luz de Cristo allí donde vayamos — de ahora en adelante.

TERCERA PARTE 3: ENVÍA

En ese mismo momento, se pusieron en camino y regresaron a Jerusalén (Lc 24,33)

Al partir el pan, Jesús enciende los corazones de los dos discípulos de camino a Emaús. Exclaman con alegría cuando desaparece de su presencia: “¿No ardía acaso nuestro corazón, mientras nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?” (Lc 24,32).

En ese mismo momento, se lanzan a la misión de compartir la Buena Nueva de Cristo resucitado con todo el que quiera escucharlos (ver Lc 24,33-35). En esto, Cristo ha desaparecido dentro de la misión de la Iglesia.¹⁰¹ A través de este milagro, descubrimos que es Dios quien hace fructífera nuestra labor misionera.

Del mismo modo, uno de los objetivos del acompañamiento de la Iglesia a los jóvenes es guiarlos hacia su misión de transformar el mundo hacia el Reino de Dios. San Juan Pablo II dijo a los jóvenes reunidos en Denver, Colorado, para la Jornada Mundial de la Juventud, “No tengáis miedo de salir a las calles y a los lugares públicos... No es tiempo de avergonzarse del Evangelio... Es tiempo de predicarlo desde los terrados... Debéis ir a «los cruces de los caminos» (Mt 22,9) e invitar a todos los que encontréis al banquete que Dios ha preparado para su pueblo”.¹⁰² El Papa Francisco también animó a los jóvenes en la Jornada Mundial de la Juventud de Cracovia, Polonia, diciendo: “El tiempo que hoy estamos viviendo no necesita jóvenes-sofá ... El mundo de hoy pide que seáis protagonistas de la historia porque la vida es linda siempre y cuando queramos vivirla, siempre y cuando queramos dejar una huella”.¹⁰³ Esta es la misión que Jesús ofrece a nuestros jóvenes.

Al igual que los discípulos de camino a Emaús, el momento de esa misión es inmediato. San Lucas nos dice que “en ese mismo momento, se pusieron en camino” (Lc 24,33) para su nueva misión, a pesar de lo avanzado de la hora y de las condiciones oscuras y peligrosas a las que podrían enfrentarse (ver Lc 24,29). Cristo envía hoy a los jóvenes con un sentido similar de inmediatez. “La prisa de la joven de Nazaret es la de quienes han recibido dones extraordinarios del Señor y no pueden dejar de compartir, de hacer

¹⁰¹ Ver Hans Urs von Balthasar, *The Office of Peter and the Structure of the Church* [El Oficio de Pedro y la Estructura de la Iglesia] (1986), 168, and *Theo-Drama: Theological-Dramatic Theory*, vol. III [Teo-Drama: Teoría Teológico-Dramática, volumen III], (1978), p. 350.

¹⁰² Juan Pablo II, “Homilía de la Celebración Eucarística para la VIII Jornada Mundial de la Juventud”, Parque Estatal Cherry Creek, Denver (Estado de la Ciudad del Vaticano: LEV, 1993), no. 6.

¹⁰³ Papa Francisco, “Discurso del Santo Padre para la Vigilia de Oración con los Jóvenes con ocasión de la XXXI Jornada Mundial de la Juventud”, Campus Misericordiae, Krakow (Estado de la Ciudad del Vaticano: LEV, 2016).

desbordar la inmensa gracia que han experimentado”.¹⁰⁴ Así pues, el resultado de nuestros ministerios debe orientar a los jóvenes hacia su misión, motivándolos a ir hacia donde Cristo les llama. La Iglesia, tras haberlos escuchado y enseñado, los anima ahora a elegir seguir el camino que Dios les ha ofrecido para sus vidas.

Testigos audaces de la evangelización

Al reconocer y comprender al Señor en medio de ellos, la primera misión de los dos discípulos del relato de Emaús fue compartir la Buena Nueva que “Vive Cristo,”¹⁰⁵ un mensaje que sigue resonando a través de los tiempos. Este testimonio evangelizador es el punto de partida de toda misión cristiana. Así como es fundamental anunciar a Cristo a los jóvenes, es igualmente importante equipar a los jóvenes para anunciar a Cristo al mundo. “Si sabemos escuchar lo que nos está diciendo el Espíritu, no podemos ignorar que la pastoral juvenil debe ser siempre una pastoral misionera”.¹⁰⁶ Antes de subir al Padre, Jesús dijo a sus apóstoles: “Vayan, y hagan que todos los pueblos sean mis discípulos” (Mt 28,19), y esta Gran Comisión se extiende a lo largo de los siglos porque “La Iglesia peregrinante es misionera por su naturaleza”.¹⁰⁷ Cuando un joven ha llegado a reconocer a Cristo en medio de él, gracias a los esfuerzos de los líderes pastorales y de las familias que le acompañan, se deduce que querrá compartir ese encuentro gozoso con los demás, especialmente con otros jóvenes.

La Iglesia reconoce desde hace tiempo que los jóvenes son excelentes evangelizadores y testigos del Evangelio entre sus compañeros, muchos de los cuales necesitan la Buena Nueva en sus vidas. El Concilio Vaticano II señaló que los jóvenes “deben convertirse en los primeros e inmediatos apóstoles, de los jóvenes, ejerciendo el apostolado entre sí, teniendo en consideración el medio social en que viven”.¹⁰⁸ Cristo anhela encontrarse con todos los jóvenes, incluidos los menos activos en la práctica de la fe. Los jóvenes pueden dejar que el Señor actúe a través de ellos cuando escuchan con amor a sus compañeros, comparten el Evangelio de forma que tenga sentido para su generación y ablandan los corazones para que escuchen la llamada de Dios.

¹⁰⁴ Papa Francisco, “Mensaje del Santo Padre para la XXXVII Jornada Mundial de la Juventud”, (Estado de la Ciudad del Vaticano: LEV: 2022).

¹⁰⁵ CV, no. 1.

¹⁰⁶ CV, no. 240; en el documento en inglés las palabras «y joven adulto» se añaden por razones de contexto en los Estados Unidos.

¹⁰⁷ Concilio Vaticano Segundo, Decreto *Ad Gentes*, no. 2.

¹⁰⁸ Concilio Vaticano Segundo, Decreto *Apostolicam Actuositatem*, no. 12.

Cuando Jesús llamó a los Doce Apóstoles, los envió de dos en dos a afrontar dificultades, peligros e incluso la muerte (ver Mt 10,1-15). Del mismo modo, los ministerios de la Iglesia con los jóvenes pueden capacitar a los jóvenes para ser enviados en esta misión evangelizadora hacia lo desconocido, sin retenerlos pensando que requieren una edad avanzada o experiencia o protegiéndolos de la incomodidad o el rechazo. En este sentido, recordamos el ejemplo del Beato Isidoro Bakanja, un joven laico del Congo que, evangelizado por misioneros cistercienses, “fue torturado durante largo tiempo por haber propuesto el cristianismo a otros jóvenes”.¹⁰⁹ En 1909, a la edad de veintidós años, fue martirizado por su testimonio audaz y evangelizador de Jesucristo.

Las familias y los ministerios con jóvenes de hoy deben animar a cada joven a asumir este espíritu entusiasta, “aun los más débiles, limitados y heridos” y adopten una actitud misionera en todas las interacciones de su vida, “porque siempre hay que permitir que el bien se comuniqué, aunque conviva con muchas fragilidades”.¹¹⁰ La Iglesia florece cuando los jóvenes deciden compartir a Cristo con sus compañeros y con los más jóvenes, e incluso evangelizar a sus padres y a las generaciones mayores. El Papa Francisco señaló que “pues si uno de verdad ha hecho una experiencia del amor de Dios que lo salva, no necesita mucho tiempo de preparación para salir a anunciarlo”.¹¹¹

Con caridad y justicia

La proclamación del *kerigma* significa también compartir el mandato del Señor de ofrecer comida y ropa a los necesitados, de cuidar y estar presentes ante los que sufren o están encarcelados, y de acoger al forastero, pues como dijo Jesús, “les aseguro que cada vez que lo hicieron con el más pequeño de mis hermanos, lo hicieron conmigo” (Mt 25,40). El Papa Francisco nos recuerda que “el compromiso social y el contacto directo con los pobres siguen siendo una ocasión fundamental para descubrir o profundizar la fe y discernir la propia vocación”.¹¹² Las obras de caridad y de justicia emanan naturalmente de la evangelización.

¹⁰⁹ CV, no. 59.

¹¹⁰ CV, no. 239.

¹¹¹ EG, no. 120.

¹¹² CV, no. 170.

Es importante animar a los jóvenes cuyos corazones arden por Cristo a acercarse a los marginados de la sociedad, la misma compañía que Jesús mantuvo. Esto significa ayudar a los jóvenes a implicarse en las comunidades abrumadas por la pobreza, la violencia y la degradación ecológica; con las madres, los padres y las familias que atraviesan el camino del embarazo; con los que se encuentran en la frontera y en los desplazamientos de inmigrantes y refugiados; en el seno de familias culturales afectadas por los prejuicios, el racismo y la disparidad de recursos; y con los que carecen de sistemas de apoyo, incluidas las personas con discapacidad y las afectadas por problemas de salud mental. No podemos fomentar el miedo o la indiferencia ante las tragedias que sufren tantas personas, sino que debemos fomentar la alegría y la participación activa.

En este sentido, reflexionamos sobre el ministerio del Venerable Augustus Tolton, el primer sacerdote de ascendencia africana reconocido en los Estados Unidos que, siendo un joven adulto de treinta y pocos años, asumió su misión de servir a las comunidades marginadas contra una gran adversidad y racismo. “Tolton nos recuerda el valor que llevamos dentro para seguir trabajando por la solidaridad racial y étnica, erradicando al mismo tiempo toda forma de reticencia e intolerancia”.¹¹³ El ejemplo del Padre Tolton es un testimonio de las formas en que los jóvenes de hoy pueden utilizar sus dones: “la vocación laical es ante todo la caridad en la familia, la caridad social y la caridad política: es un compromiso concreto desde la fe para la construcción de una sociedad nueva, es vivir en medio del mundo y de la sociedad para evangelizar sus diversas instancias, para hacer crecer la paz, la convivencia, la justicia, los derechos humanos, la misericordia, y así extender el Reino de Dios en el mundo”.¹¹⁴

Equipar a los jóvenes para la justicia y para el compromiso en obras de caridad¹¹⁵ son componentes clave de los ministerios de la Iglesia con los jóvenes, contribuyendo al impulso misionero de las comunidades de fe. “Los educadores y los formadores que, en la escuela o en los diferentes centros de asociación infantil y juvenil, tienen la ardua tarea de educar a los niños y jóvenes, están llamados a tomar conciencia de que su responsabilidad tiene que ver con las dimensiones morales, espirituales y sociales de la

¹¹³ Obispo Joseph N. Perry, “Sobre el P. Augustus Tolton”, Arquidiócesis de Chicago: Causa de Canonización de Augustus Tolton, <https://tolton.archchicago.org/about/biography> (solo en inglés).

¹¹⁴ CV, no. 168.

¹¹⁵ La USCCB promueve “Los Dos Pies del Amor en Acción” con la promoción tanto de obras de caridad (abordando necesidades inmediatas y prestando ayuda de emergencia) como de justicia social (abordando causas sistémicas y profundas que afectan a muchas personas). Más información en <https://www.usccb.org/beliefs-and-teachings/what-we-believe/catholic-social-teaching/two-feet-of-love-in-action> (con recursos en español).

persona”.¹¹⁶ Cuando los jóvenes amplían sus perspectivas y deciden salir al mundo, Cristo los envía a transformar la sociedad a su imagen. Como líderes pastorales, padres y familias, nuestro trabajo es dar a los jóvenes las herramientas¹¹⁷ que necesitarán para responder a esta invitación radical del Señor a través de obras de caridad y justicia social.

Discernimiento vocacional

Al igual que los discípulos de Emaús siguieron su propio camino de vuelta a Jerusalén, los jóvenes y los adultos jóvenes de hoy tienen ante sí un camino que conduce a su salvación. La labor de la Iglesia es apoyar a cada joven en su discernimiento de un camino vocacional. La vocación, en sentido amplio, es un “llamado al servicio misionero de los demás. Somos llamados por el Señor a participar en su obra creadora, prestando nuestro aporte al bien común a partir de las capacidades que recibimos”¹¹⁸. Para ello, nos fijamos en el ejemplo de Santa Teresa de Lisieux en el siglo XIX, cuyo camino la llevó a la vida religiosa consagrada con la comunidad carmelita. Al reflexionar sobre su vida, dijo, “oh Jesús, Amor mío, (...) por fin he encontrado mi vocación. Mi vocación es el amor”.¹¹⁹

Esto es lo que todo joven tiene ante sí: la oportunidad de ser “amor” para el mundo. Los ministerios con jóvenes adolescentes, jóvenes universitarios y jóvenes adultos pueden ayudar a los jóvenes a escuchar la voz de Dios, a discernir su vocación; “hay algo más que una mera elección pragmática nuestra. Es en definitiva reconocer para qué estoy hecho, para qué paso por esta tierra, cuál es el proyecto del Señor para mi vida”.¹²⁰ Este discernimiento se lleva a cabo con el acompañamiento afectuoso y la guía de los agentes de pastoral en la Iglesia que, siguiendo el impulso del Espíritu Santo en sus propias vidas, comparten con los jóvenes una paz y una alegría que el mundo no puede dar (ver Jn 14,27).

La primera vocación a la que todos estamos invitados, y que los líderes pastorales y las familias pueden enfatizar con los jóvenes, es la llamada universal a la santidad. Empieza desarrollando una santa amistad con Jesús, “ese es el discernimiento fundamental,”¹²¹ inspirando la verdadera amistad con los demás. La

¹¹⁶ Papa Francisco, Carta Encíclica *Fratelli Tutti* (FT), no. 114.

¹¹⁷ Estas “herramientas” son mejores cuando son desarrolladas localmente por líderes pastorales, apoyados por los recursos ministeriales de organizaciones nacionales, movimientos y otras comunidades comprometidas en el trabajo por la paz y la justicia.

¹¹⁸ CV, no. 253.

¹¹⁹ Teresa de Lisieux, *Historia de un Alma: La Autobiografía de Santa Teresa de Lisieux* (Capítulo 11).

¹²⁰ CV, no. 256.

¹²¹ CV, no. 250.

santidad no consiste sólo en *hacer*, sino también en *ser*: ser hijo del Padre, ser amigo de Jesús y ser templo del Espíritu Santo. Ver a todos los demás como hermanos y hermanas en Cristo crea una nueva perspectiva —“es una invitación a llevar un sentido más acentuado de la presencia de Jesucristo al ritmo cotidiano”.¹²² Cultivando una vida de oración, podemos escuchar, discernir y responder a la voz de Dios. Fomentar una relación activa y contemplativa con Dios es esencial para los ministerios con jóvenes, con el apoyo amoroso de la familia, la cultura y la comunidad.

Una apertura orante puede dar lugar a un discernimiento profundo, proporcionando una oportunidad para que un joven sea transformado por Cristo y reconozca la obra de Dios en su vida, en su historia personal y en el mundo que lo rodea.¹²³ Con la fuerza del Espíritu, nos apartamos del pecado y crecemos en virtud, uniéndonos a la Iglesia, la familia de Dios en la tierra, en su misión de “la edificación de una auténtica civilización de la verdad y del amor”.¹²⁴ Entendemos la vocación en este sentido más amplio, arraigada en el Bautismo y vivida en el matrimonio, la soltería, el trabajo, el sacerdocio y otras formas de consagración.¹²⁵ Es vital creer que Dios quiere nuestra felicidad. Lo que hará que los jóvenes encuentren alegría y felicidad es ser capaces de discernir su misión y luego llevarla a cabo. Será diferente para cada persona, que está destinada a llevar el amor de Cristo al mundo a su manera distintiva. Una vez discernida en la oración, nuestra labor pastoral consiste en facilitar el camino guiados por el Espíritu Santo, invitándolos siempre a profundizar.

Ser joven es también un tiempo de autodescubrimiento y exploración. La comunidad de fe y sus ministerios, así como las familias de los jóvenes, pueden participar activamente en la afirmación de los dones que Dios ha dado a un joven y en la provisión de oportunidades para que esos dones se ejerzan en su vocación. Ser joven “es el momento privilegiado para tomar las decisiones de la vida y para responder a la llamada de Dios,” y, por lo tanto, todos los ministerios con los jóvenes deben “cualificar vocacionalmente la pastoral juvenil”.¹²⁶ En todas las épocas de la historia, los jóvenes se han planteado preguntas similares: ¿Por qué estoy aquí? ¿Qué debo hacer? ¿Quién estoy llamado a ser? ¿Adónde estoy llamado a ir? ¿Cómo puedo utilizar mis dones? ¿Cómo puedo hacer del mundo un lugar mejor? Estas preguntas fundamentales pueden alimentar el proceso de discernimiento vocacional. Los ministerios con jóvenes adolescentes, jóvenes universitarios y jóvenes adultos comparten el “arte del discernimiento” para

¹²² USCCB, *Hijos e Hijas de la Luz: Plan Pastoral para el Ministerio con Jóvenes Adultos*, (1996), p. 18.

¹²³ Ver CV, no. 282.

¹²⁴ Juan Pablo II, Carta Encíclica *Evangelium Vitae*, 1995, no. 6.

¹²⁵ Ver CV no. 259-276.

¹²⁶ Documento Final (DF), no. 140.

ayudarles a responder a la llamada de Dios. “Un buen discernimiento es un camino de libertad que hace aflorar eso único de cada persona, eso que es tan suyo, tan personal, que sólo Dios lo conoce”.¹²⁷ Una pastoral eficaz guía a los jóvenes para que elijan cómo transformar el mundo a través del don de sus vidas. Debemos alimentar y hacer crecer con regularidad una cultura de vocación y discernimiento en todos los ámbitos y actividades en los que participan los jóvenes: en sus hogares, en sus parroquias, en sus instituciones educativas, en su vida profesional y entre sus compañeros.

A los jóvenes se les deben presentar experiencias positivas para que puedan aprender de quienes viven con alegría su vocación: matrimonios fieles, sacerdotes devotos y mujeres y hombres consagrados, y católicos activos de todas las generaciones que infunden la luz del Evangelio en su trabajo y en las actividades de su vida. Los líderes pastorales, los agentes vocacionales y las familias pueden invitar a los jóvenes a considerar todas las formas en las que Dios puede estar llamándolos en la vida: como sacerdote o religioso consagrado, como diácono o ministro eclesial laico, como persona casada o como persona soltera que responde a su llamada bautismal a la santidad. A través de este proceso, podemos guiar a un joven con “valentía, el cariño y la delicadeza” para “discernir las palabras salvadoras del buen Espíritu”.¹²⁸

Protagonistas fieles, “*el ahora de Dios*”

Aun cuando Cristo llama a muchas personas a su vocación para el futuro dentro de su juventud y juventud adulta, la noción de que ellos son sólo la Iglesia del *mañana* puede ignorar el hecho de que los jóvenes están impactando a la Iglesia y al mundo de *hoy*. Una de las tareas de los ministerios con las generaciones más jóvenes es animar a los jóvenes a ser una “parte viva de la Iglesia, protagonistas de su misión”¹²⁹ y corresponsables activos en su fe en este mismo momento.

La Iglesia busca que surjan jóvenes dedicados que opten por llevar esperanza a un mundo cansado y sean portadores del amor del Señor en situaciones cargadas de ansiedad, odio y polarización, a menudo de maneras propias de su generación y cultura. Aunque reconocemos que “protagonismo” es una palabra única para nuestros oídos estadounidenses, es una palabra que el Papa Francisco utiliza en muchas ocasiones para describir a los líderes jóvenes, en particular cuando señala “que tantos jóvenes, en muchas

¹²⁷ CV, no. 295.

¹²⁸ CV, no. 293.

¹²⁹ Papa Francisco, “Ángelus,” 21 de noviembre de 2021.

partes del mundo, han salido por las calles para expresar el deseo de una civilización más justa y fraterna” y les anima a ser “protagonistas del cambio”.¹³⁰ La Iglesia desea que los jóvenes no esperen a ser mayores para ocupar puestos de liderazgo o para retrasar su impacto en el mundo inspirados por su fe católica. Los obispos de los Estados Unidos rezamos para que los jóvenes, con sus corazones encendidos y guiados por el Espíritu Santo, comiencen ahora mismo a participar en la misión de transfigurar el mundo.

Es a través de la celebración eucarística que Dios envía a las personas a la misión cada día. Se llama “*Santa Misa* porque la liturgia en la que se realiza el misterio de salvación se termina con el envío de los fieles (“*missio*”) a fin de que cumplan la voluntad de Dios en su vida cotidiana”.¹³¹ Animar a los jóvenes a asistir a misa los domingos y días de precepto, e incluso a misa diaria, puede generar un impulso vocacional y misionero en sus corazones cuando los jóvenes se toman en serio la directriz de “glorifiquen al Señor con su vida, puedan ir en paz”.¹³² Esta conexión con la comunidad eucarística también pone de manifiesto un componente importante de la misión: volver continuamente a nuestros orígenes y recordar nuestras raíces: el hogar, la familia, la parroquia, la cultura y la comunidad.

Recordemos al Beato Pier Giorgio Frassati, un joven de la Italia del siglo XX que en su juventud y juventud adulta se comprometió en obras de justicia, caridad y solidaridad con los pobres, se sumergió en la oración diaria y en la liturgia, compartió con valentía su fe católica con sus compañeros y discernió constantemente su vocación y misión, al mismo tiempo que permanecía arraigado en su familia y en su comunidad local. Su amor a Cristo, su compromiso con la Iglesia y su devoción a la Eucaristía le dieron la fuerza y el vigor necesarios para permitir que la morada del Espíritu Santo impregnara su joven vida e influyera sus acciones a medida que impactaba con el amor del Señor en las realidades de todos aquellos con los que se encontraba. Su ejemplo de acción en el momento presente puede ser una gran inspiración para los jóvenes que emprenden hoy sus propios caminos misioneros.

También hay que hacer una mención especial a las Jornadas Mundiales de la Juventud, que han reavivado la fe cristiana entre innumerables jóvenes adolescentes, jóvenes universitarios y jóvenes adultos a lo largo de los años, impulsándolos hacia el liderazgo en la Iglesia al volver a casa. Estos encuentros mundiales han inspirado a sucesivas generaciones de peregrinos a discernir sus vocaciones – a los sacramentos del

¹³⁰ CV, no. 174.

¹³¹ CCC, no. 1332.

¹³² Una de las bendiciones comunes que se dicen al final de la Santa Misa, en el Rito de la Despedida.

Matrimonio y del Orden Sacerdotal, a la vida consagrada y a los ministerios eclesiales laicos – y a vivir su llamada bautismal a la santidad, llevando el Evangelio a casa. Los líderes pastorales y las comunidades que continúan acompañando a los jóvenes en estas y otras experiencias similares son una bendición para la Iglesia, ya que apoyan a los peregrinos jóvenes en la vivencia de su fe católica.

También nos sentimos muy alentados por los jóvenes de todo Estados Unidos que ya están dando un paso al frente como fieles “protagonistas”. Estamos agradecidos por los líderes del ministerio entre compañeros y por los que se comprometen activamente en sus parroquias, universidades y diócesis/eparquías; por los que denuncian, afrontan y trabajan para derribar los sistemas de racismo y prejuicio; por los que resisten y se elevan por encima de las diversas ideologías de nuestra sociedad que están polarizando a las comunidades; por los que caminan con las madres necesitadas y con los pobres; los que abogan por una reforma migratoria, la libertad religiosa y el fin del mal del aborto; los que son administradores de la creación, abogando por la protección ecológica; los que apoyan a hombres y mujeres que sufren ansiedad, depresión y problemas de salud mental, así como a personas con discapacidades; y los que, inspirados por el silencio, la contemplación y la devoción dentro de la Iglesia, se comprometen en las obras de misericordia corporales y espirituales.¹³³

Incluso dentro de la vida ordinaria de un joven – en el trabajo, en la escuela, en el hogar o en la comunidad local, o en los momentos de descanso y recreación – esta actividad se manifiesta a través del testimonio silencioso de la bondad, la sensibilidad, la compasión y el ser una persona ética y moralmente responsable. Todos los jóvenes de fe están llamados a dar un paso adelante, porque el Espíritu Santo ha otorgado a cada uno de ellos dones para “fomentar la construcción del reino de Dios en el mundo contemporáneo, trayendo por consiguiente la transformación de la sociedad”.¹³⁴ Desde el joven católico hasta el adolescente discapacitado, y desde el universitario atraído por la trascendencia de la liturgia hasta el joven adulto comprometido activamente en obras de justicia, esta misión es posible para todos.

Así como los discípulos en el camino a Emaús con Jesús tuvieron sus corazones convertidos por el Señor, inmediatamente se movieron hacia su misión, ya que Dios los envió a mover los corazones de todos

¹³³ Estos ejemplos proceden de varias sesiones sinodales de escucha (mencionadas anteriormente), así como de las ideas recogidas en la recopilación de recursos, *Moving Boldly into the Future* [Hacia el futuro con audacia] (Washington DC: Editorial USCCB, 2022). (no está disponible en español).

¹³⁴ USCCB, *Hijos e Hijas de la Luz: Plan Pastoral para el Ministerio con Jóvenes Adultos* (1996), p. 37.

aquellos con los que se encontrarían después. Nosotros estamos llamados a hacer lo mismo por y con los jóvenes, a enviarlos a medida que avanzan en el camino que Dios ha preparado para ellos en sus vidas.

CONCLUSIÓN

Entonces los ojos de los discípulos se abrieron (Lc 24,31)

Muchas personas de fe han sido llamadas a acompañar a los jóvenes, a escucharlos, enseñarlos y enviarlos, guiados por el Espíritu Santo. Damos gracias a Dios por su disposición a dar un paso al frente como “guías sapientes y generosos”¹³⁵ para los jóvenes, para que las próximas generaciones conozcan la sagrada presencia de Jesús en sus vidas y reconozcan que “Vive Cristo”.¹³⁶

Este camino nos recuerda que muchos de nosotros también estuvimos acompañados por nuestros padres, familias, párrocos, profesores, mentores y amigos en la juventud y la juventud adulta, de hecho por toda la comunidad de fe, tanto visible como invisible. A nuestra manera, experimentamos una sensación de acogida, pertenencia e integración en una comunidad acogedora, donde la fe se compartía, se enseñaba y se arraigaba en nuestras vidas. Desde allí, fuimos enviados al mundo como discípulos misioneros.¹³⁷ Habiendo recorrido ya nuestro propio camino con Jesús (ver Lc 24,15), podemos *escuchar* con humildad y amor las historias y experiencias de las generaciones más jóvenes, para que puedan reconocer a Cristo en medio de ellas. Podemos *enseñar* y compartir el amor de Jesús y la sabiduría del Evangelio, guiándolos para que lo interpreten todo a la luz de sus experiencias vividas. Y mientras sus corazones arden en su interior (ver Lc 24,32), podemos ayudarlos a escuchar la voz de Dios que los *envía* hacia su vocación y misión, por lo cual rezamos para que elijan seguir como nosotros hicimos una vez.

Nos acompañan en el espíritu mujeres y hombres santos de los Estados Unidos que, a lo largo de los siglos, también dedicaron sus vidas a ayudar a los jóvenes a encontrarse con Dios y a conocer su amor por ellos, en cooperación con el Espíritu Santo. Estos dedicados siervos de Dios, santos y figuras de sabiduría en nuestros hogares, iglesias y comunidades tuvieron “la clarividencia [que] consiste en encontrar la pequeña llama que continúa ardiendo” y “la capacidad de encontrar caminos...de reconocer posibilidades”.¹³⁸ Ahora heredamos el legado que ellos recibieron de las generaciones de cristianos que les precedieron.

¹³⁵ Papa Francisco, “Oración por los Jóvenes”, *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española, no. 15, 14 de abril de 2017.

¹³⁶ CV, no. 1.

¹³⁷ Esta metodología sigue el esquema establecido en *Viviendo como Discípulos Misioneros* (USCCB, 2017), p. 9.

¹³⁸ CV, no. 67.

También recordemos que, aunque la edad y la experiencia pueden ser importantes para transmitir la fe y guiar a un joven, el Espíritu Santo habla a través de la sabiduría de los propios jóvenes. Esto no puede pasarse por alto. “Para ser creíble ante los jóvenes...reconocer en lo que dicen los demás alguna luz que la ayude [Iglesia] a descubrir mejor el Evangelio”.¹³⁹ Para las generaciones mayores, esto requiere la humildad de reconocer que, cuando “caminamos juntos...podremos aprender unos de otros, calentar los corazones, inspirar nuestras mentes con la luz del Evangelio y dar nueva fuerza a nuestras manos”.¹⁴⁰ Es un recordatorio de que los jóvenes son verdaderamente “el *ahora* de Dios”.¹⁴¹

Sin embargo, sigue habiendo una gran necesidad en los ministerios de la Iglesia con los jóvenes de que más mujeres y hombres de las comunidades religiosas den un paso al frente y estén dispuestos a “navegar mar adentro” (Lc 5,4) por el bien de los jóvenes.¹⁴² Para avanzar en esta dirección, rezamos por una mayor inversión en estos ministerios pastorales particulares (con los jóvenes adolescentes, con los jóvenes universitarios y con los jóvenes adultos) dentro de la Iglesia católica. Esperamos que los ministros pastorales dedicados, los padres y abuelos y las familias, los profesores y catequistas, y los propios jóvenes respondan a la invitación de Cristo a ser “colaboradores extremadamente talentosos y generosos en la viña del Señor”,¹⁴³ corresponsables con los obispos y pastores de la Iglesia en el pastoreo de las almas y en la transmisión de la fe a cada generación.

La dimensión comunitaria de la fe católica nos muestra que quienes acompañan a los jóvenes son más eficaces cuando trabajan en colaboración con toda la comunidad. En particular, buscamos otros esfuerzos ministeriales, especialmente los de la pastoral familiar, para trabajar juntos en el acompañamiento y la formación de los jóvenes. Todos los ministerios con jóvenes forman parte de nuestra familia universal de fe. Es importante, pues, prestar atención al concepto sinodal de *pastoral de conjunto* (o “comunidad en la misión”), apreciado durante décadas entre los católicos hispanos y ahora un regalo para el resto de la Iglesia: “la coordinación armoniosa de todos los elementos del ministerio pastoral, las acciones de todos los ministros pastorales...no es solo una metodología, sino también una expresión de la esencia y la misión de la Iglesia, ser y crear comunidad”.¹⁴⁴ De este modo, la Iglesia trabaja unida a través de una red

¹³⁹ Ver CV, no. 41.

¹⁴⁰ CV, no. 199.

¹⁴¹ CV, no. 178.

¹⁴² Ver Juan Pablo II, Carta Apostólica *Novo Millennio Ineunte* (2000), nos. 1-2, 15.

¹⁴³ USCCB, *Colaboradores en la viña del Señor* (Washington DC: Editorial USCCB, 2005), p. 64.

¹⁴⁴ *Memorias y Conclusiones*, p. 233.

interconectada de campos ministeriales por el bien de la misión que Cristo nos confió. Como tal, la Iglesia avanza en estos ministerios como una “comunidad en camino”.¹⁴⁵

En la anticipación de los próximos pasos de este camino, cabe preguntarse: ¿hacia dónde vamos? El Papa Francisco se imagina “frecuentar el futuro, para alimentar el entusiasmo, hacer germinar sueños, suscitar profecías, hacer florecer esperanzas”.¹⁴⁶ La Iglesia acoge con satisfacción la revitalización del entusiasmo por la fe católica, la realización de los sueños que están presentes en todas las generaciones y culturas, la voz profética de los jóvenes que piden a la sociedad y a la Iglesia que se acerquen más al Evangelio, y la esperanza que puede florecer cuando la comunidad de fe se compromete como una Iglesia que camina unida. Al redactar este marco, esperamos que las comunidades de fe locales apliquen estas directrices generales (*escucha-enseña-envía*) a su situación específica a través de una cuidadosa reflexión, discernimiento y planificación activa. Este sencillo tríptico puede desplegarse de manera que responda a las realidades específicas que viven los jóvenes en todas las comunidades del país.

El Papa Francisco concluyó *Christus Vivit* animando a los jóvenes a “correr más rápido que los lentos y temerosos”,¹⁴⁷ pero también recordándoles que sean pacientes con la Iglesia y con los demás. Sí, el camino continúa, pero a veces es más lento de lo inicialmente previsto. De modo similar, los obispos de los Estados Unidos concluimos este documento animando a todos los fieles – jóvenes y mayores conjuntamente – a perseverar y a ser pacientes en esta importante labor de acompañar intencionadamente a los jóvenes.

Reconocemos que el ministerio no siempre será fácil, ni las cosas cambiarán de la noche a la mañana. Sin embargo, es gratificante y a través del ministerio podemos vivir una vida abundante prometida por Jesucristo (ver Jn 10,10). Con el Señor a nuestro lado, con la guía del Espíritu Santo y con la intercesión de nuestra Santísima Madre María, que siempre vela por la Iglesia, afrontamos con ilusión este sagrado viaje de acompañamiento pastoral y el destino celestial que nos aguarda a cada uno de nosotros.

¹⁴⁵ CV, no. 29.

¹⁴⁶ CV, no. 199.

¹⁴⁷ CV, no.299.